



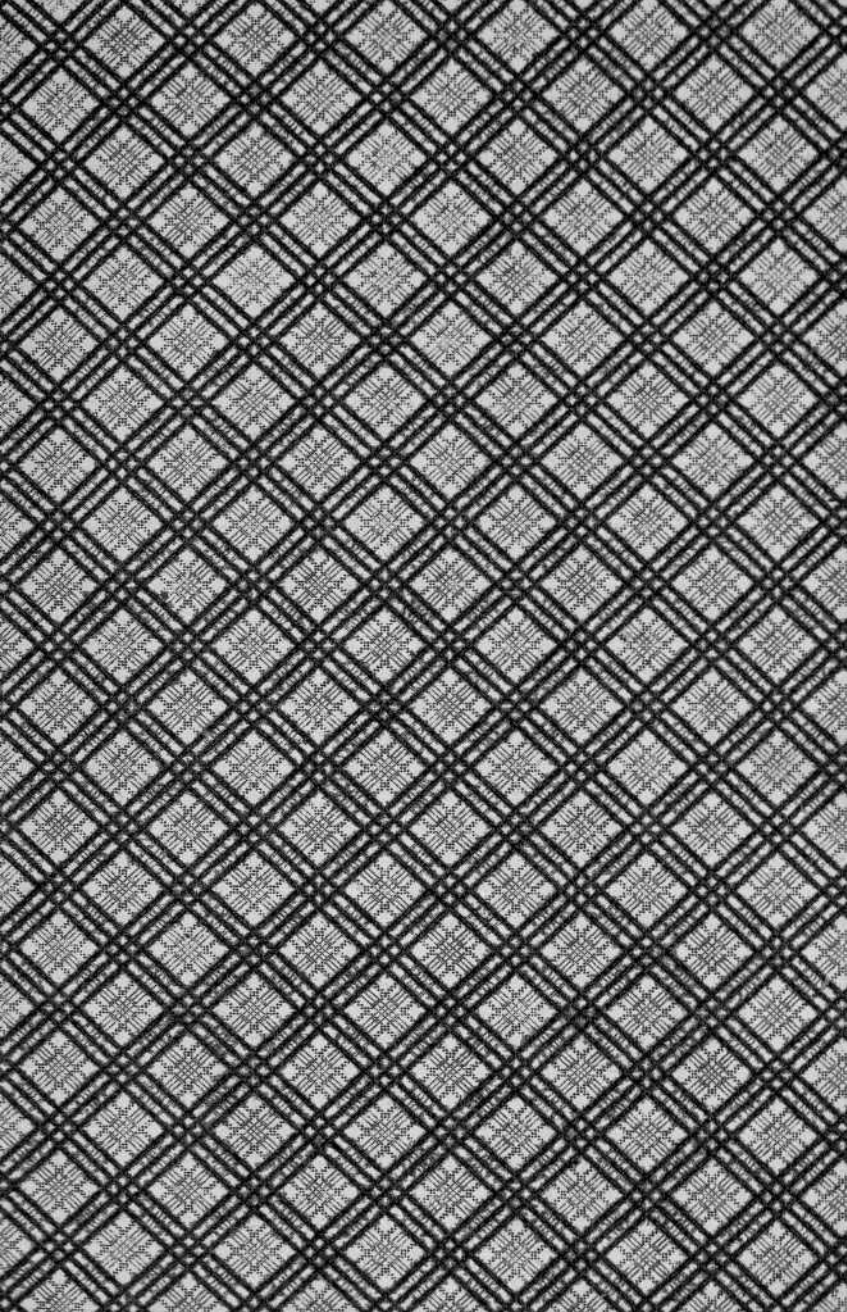
LIBRERÍA BERCEO

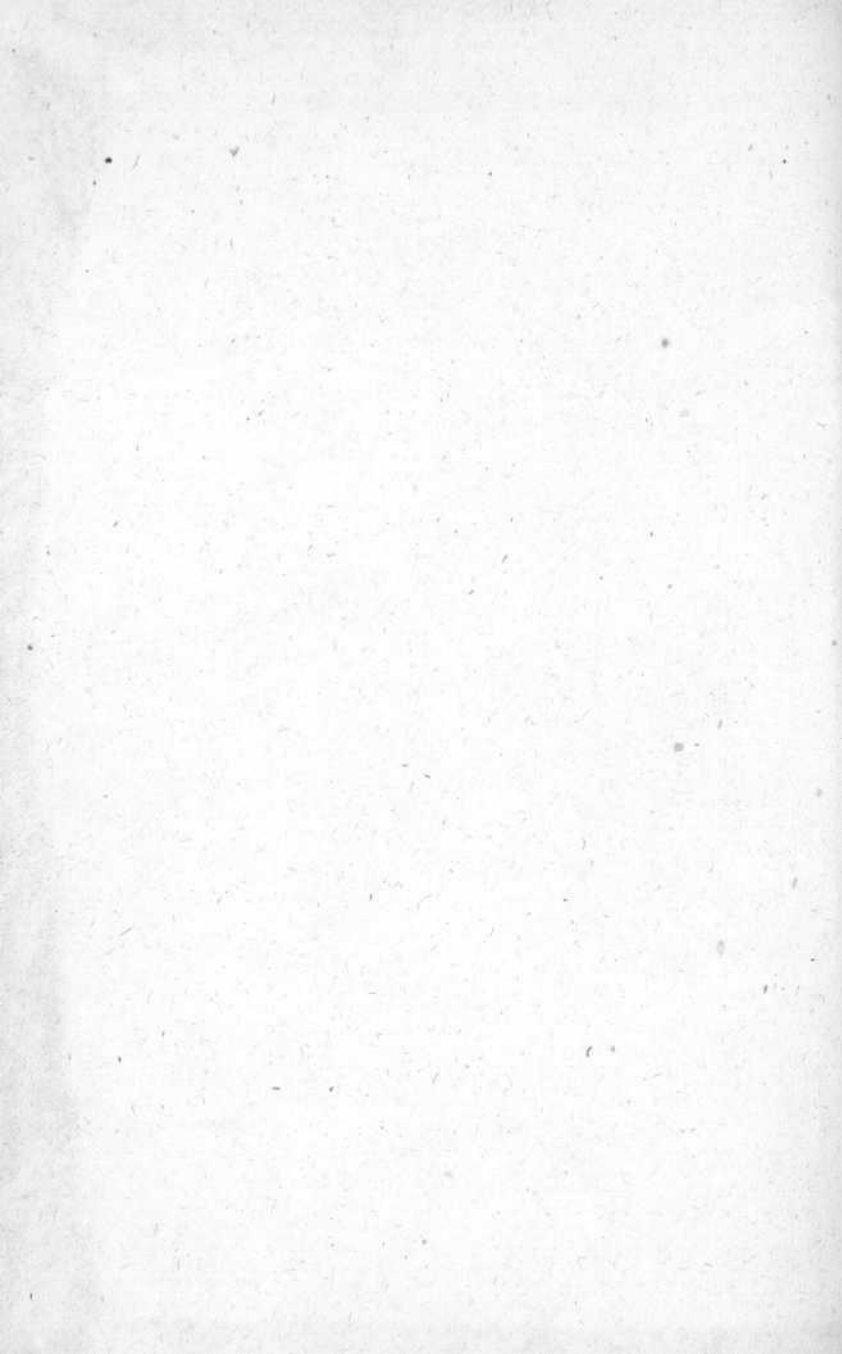
COMPRA Y VENTA

C/ Juan de Herrera, 6 (Junto a C/ Mayor)
28013 MADRID

Teléf: 91 559 18 50 Fax: 91 547 75 60

e-mail: libreriaberceo@hotmail.com





LA CUNA NO DA NOBLEZA.

DRAMA

en cinco actos, y en verso,

POR

DON PEDRO CALVO ASENSIO.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Mayo de 1845.

PERSONAS.

EL PRINCIPE DE ASTURIAS, *luego* DON FELIPE IV.

EL CONDE DE FLOR.

ISABEL, *condesa del Valle.* } *Hermanos.*

GABRIEL.

EL DUQUE DE ESTEPA.

EL CAPITAN VALLANO.

EL PADRE ANSELMO.

UN SARGENTO.

MARTA.

GERMAN.

NARCISO. } *Criados del conde de Flor.*

TEODORO. }

PASCUAL, *criado del duque.*

ROCAÑO, *criado de Gabriel.*

OFICIALES, SOLDADOS Y GENTE DEL PUEBLO.



La accion del primer acto pasa en el año de 1620. La escena del 1.º, 2.º y 5.º en Madrid. El 3.º en una retirada quinta de las montañas de Leon; y el 4.º en una cabaña de las mismas montañas.



Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad de Don Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

A D. Leonardo Calvo y Consejo.

¿A quién mejor que á V., querido padre, podré dedicar el fruto de mis primeras inspiraciones?

Recíbalo V. no como una produccion en que haya bellezas que admirar, porque acaso no habrá ninguna, sino como una sincera ofrenda de cariño, que le tributa su querido hijo

EL AUTOR.



Acto primero.



*Salon adornado con elegancia en casa del conde de Flor.
Dos puertas laterales á la derecha que conducen á las
habitaciones interiores. Otra lateral izquierda; puer-
ta al fondo. Otra puerta secreta á la izquierda.*

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE FLOR. ISABEL.

- Conde.* Condesa, guardaos el cielo.
Isabel. Y á vos, hermano, tambien.
Conde. Hoy os mostraré, mi bien,
el fruto de mi desvelo;
y esa alma sencilla y pura
y vuestro rostro hechicero,
admirará el mundo entero.
Isabel. Quién no admira la hermosura?
Hermano, me requebrais?
Tan galante sois ahora,
que me sorprende...
Conde. Señora,
no sé por qué lo estrañais.
Siempre el amor de mi hermana
fue mi norte, fue mi guia.
Isabel. Asi Isabel lo creia
y estaba en juzgarlo ufana.
Mas hoy sin saber por qué
me tratais con etiqueta.

- Conde.* Sois, hermana, tan discreta,
que cómo hablaros no sé.
- Isabel.* Habladme como á una hermana:
con sencillez, sin rodeos:
decidme vuestros deseos
sin espresion cortesana.
- Conde.* Siempre tirando al linage,
siempre hollando sus acciones.
- Isabel.* Dejemos las digresiones,
y decid vuestro mensaje.
- Conde.* Pues bien, hermana, escuchad:
bien sabeis cuánto yo anhele
que nada brille en el suelo
que amengüe vuestra beldad.
Todo lo tengo yo en poco
cuando con vos lo comparo,
si en nuestra cuna reparo...
- Isabel.* (Ya empieza su orgullo loco.)
- Conde.* Y la da vuestra hermosura
un realce singular.
- Isabel.* (Ayudadme, Virgen pura;
dónde iremos á parar?)
Qué quereis decir, hermano,
con tan tierna adulacion...?
- Conde.* Isabel, por compasion...
- Isabel.* El adularme es en vano.
- Conde.* Yo os adoro entusiasmado,
y á que seais feliz aspiro;
solo al decirlo respiro
de placer enagenado.
Muy luego se va á fijar
la suerte de vuestra vida:
vuestra mano está ofrecida,
y muy pronto en el altar
dareis mano y corazon
á quien con delirio os ama,
al que orgulloso os aclama
la hermosa de la nacion.
- Isabel.* Basta, basta, hermano mió,
que ese lenguaje me ofende:
asi mi mano depende
de vuestro libre albedrio?

Quién sois vos, conde inhumano,
para que abuseis así?

Pues qué, disponeis de mí
solo porque sois mi hermano?

Presente, conde, tened,
que aunque ofrecida estuviera
á que del rey muger fuera,
no lo cumpliera, sabed.
Y vos que palabra disteis,
de cumplirla cuidareis.

Conde. Ay Isabel! no sabeis
á quién vos desaire hicisteis;

Isabel. Quede con vos el secreto,
que así como le respeto
á amarle no me obligareis.

Conde. Pues que le amareis os juro,
y aun lo hiciérais á despecho.

Isabel. Nunca albergará en mi pecho
ese amor, os lo aseguro.

(Se retira por la primera puerta lateral de la derecha.)

ESCENA II.

EL CONDE DE FLOR.

Altiva, hermana, hoy estás;
mas juro te haré ceder,
porque voy á obedecer
á mi ambicion nada mas.

Mi palabra ya la di,
y el cumplirla me es preciso.

Voy á hollar ¡triste de mí!
una flor del paraíso. *(Pausa.)*

Y he de esponer mi nobleza
á las mas negras injurias?

Page. *(Desde la puerta del fondo.)*

Señor, ha entrado su alteza,
el gran príncipe de Asturias.

Conde. Iré á recibirle luego
con servil humillacion,
obedeciéndole ciego.

Cuánto puedes, ambicion!

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS. EL CONDE DE FLOR.

Conde. Tanto honor, príncipe mio,
me anonada, me confunde.

Príncipe. En vuestra amistad me fio:
mas mi presencia os infunde
respeto ó temor sombrío?
Miradme como á un amigo,
y tratadme como tal.

Conde. Vuestro nombre yo bendigo,
pues soy el feliz mortal...

Príncipe. Dejad cumplidos conmigo.

Conde. Ah, señor!

Príncipe. Conde, escuchad.

Cumplisteis ya con mi encargo?

Tiene ambicion su beldad?

Conde. Un desengaño, y amargo,
escuché de su impiedad.

Príncipe. Vos la pintásteis mi amor,
y la dijisteis mi nombre?

Conde. Ensalcé vuestro esplendor,
y sin descubrir al hombre,
le despreciara, señor.

Mas espero que al momento,

vive Dios, ha de acceder,

ó ha de elegir un convento

donde no la vuelva á ver,

y pague su atrevimiento.

Príncipe. No á tal extremo lleveis

vuestro interes por servirme;

que si no quiere, ya veis,

nada de ella alcanzareis.

Quisiera verla antes de irme.

Y cuando ya esté á su lado,

haced que solos quedemos

hasta haberme declarado.

Conde. Haré por vos mil extremos.

Príncipe. Sereis sosten de mi Estado.

Conde. Bien, mi príncipe; venid,

que acaso esté sola ahora.

Principe. Vamos pues, conde, salid.
Conde. (Y tambien creo que llora
 mi despotismo, infeliz.)
 (Se van por la segunda puerta lateral de la derecha.)

ESCENA IV.

ISABEL. GABRIEL.

(Isabel sale por donde entró, y abre la puerta secreta, por donde sale Gabriel.)

Gabriel. Luz de mis ojos.

Isabel. Mi amor.

Gabriel. Al fin mi suerte dichosa
 me deja ver á mi hermosa
 con su rostro encantador.
 Con estar cerca de ti
 parece me hallo en el cielo.

Isabel. Y un eterno desconsuelo
 podrás encontrar en mí.

Gabriel. En tí? Jamas. La ternura
 en tu amor puro hallaré.

Isabel. Y con él te labraré
 una eterna desventura.

Gabriel. Nunca, jamas, alma mia:
 con solo estar á tu lado
 mis pesares he olvidado
 y renace mi alegría.

Asi, mi bien, no te asombres
 si oyes que reina te llamo;
 si un ser celeste te aclamo
 descendido entre los hombres.

Y si llegan á pintarte
 su esplendidez de fortuna
 compitiendo con tu cuna,
 tal vez logren deslumbrarte.

Mas no será, no, lo juro,
 mientras viva tu Gabriel,
 porque eres mia, Isabel,
 y es nuestro amor tierno y puro.
 Tú lo has jurado, es verdad?

Isabel.

Y mil veces lo repito,
que en mi corazón no admito
sin ti la felicidad.

Y aunque un pesar hoy abrumba
mi pecho fiel y constante,
no vacilaré un instante,
aunque el terror me consuma.

Con firme resolución
amante fiel me verás,
y tú tan solo serás
dueño de mi corazón.

Gabriel.

Tanto me amas, Isabel?

Y soy causa de tu pena?

Y la suerte me condena

á un estado tan cruel?

Dime si alguno te ofende,

dimelo, dueño adorado,

verás tu ultraje vengado

si de mí el remedio pende.

Dímelo, pues, que aunque sea

el mas noble de Castilla

no doblaré mi rodilla

al llamarle á la pelea.

Isabel.

Eso, Gabriel, ocultabas?

Y con tan humilde trage

tributabas homenaje

al corazón que adorabas?

Con que eres noble, Gabriel?

Yo os bendigo, santo cielo.

Descorre luego ese velo...

Gabriel.

No delires, Isabel.

Que si yo, necio, imprudente,

á mi furor entregado,

tal palabra he pronunciado,

fue una espresion de demente.

Aunque mi nobleza fundo

en la virtud sin mancilla,

y no doblo mi rodilla

á ningun hombre del mundo.

Me juzgan todos villano,

y es grande mi corazón.

Isabel.

Ay Gabriel! por compasión

no seas conmigo inhumano.
 Repíteme tu nobleza,
 dime tu origen preclaro,
 y sepa ese conde avaro
 que le honras y das grandeza.

Gabriel.

Ay! cuál te ciega, Isabel,
 ese orgullo de tu clase:
 no creyera le abrigase
 tu pecho siendo tan fiel.

Isabel.

Mas, lo conozco, has creído
 que con disfraz ocultaba
 un nombre que reservaba
 algún título lucido,
 y dijiste, siendo así,
 le entregaré el corazón
 y agrandará mi blason;
 mas sino que huya de mí.

Pues bien, escucha, Isabel,
 lo que hasta aquí te he callado,
 sabe ya á quién has amado
 y aborrece á tu Gabriel.

Viví con mi pobre madre
 en una pequeña villa
 muchos años en Castilla,
 mas no conocí á mi padre.

Oculto dolor pensaba
 su corazón de quebranto,
 y con un perpetuo llanto
 mi triste frente bañaba.

Para calmar su dolor
 en su amarga senectud,
 templaba el dulce laud
 prodigándola mi amor.

Y mi trova cariñosa
 y mi apacible ternura,
 mitigaban la tristura
 de aquella pena angustiosa.

Mil veces lloroso yo
 la causa le preguntaba;
 y siempre me contestaba:

« no la sepas, hijo, no.
 Eres ya bien desgraciado,

y si acaso lo supieras,
 desde aquel instante fueras
 mucho mas infortunado.

Mas escucha mis razones :
 si justo siempre has de ser,
 nunca orgullo has de tener,
 ni titulos ambiciones.

Que luego encuentra razon
 para obrar mal la nobleza,
 y está siempre su grandeza
 manchada con el baldon.»

Baldon! afrenta! inhumano!
 pronunciaste, madre mia,
 cuando ya la muerte impia
 te asia con cruda mano.

Y no satisfecho el cielo
 viendo mi infelicidad,
 me arrebató sin piedad
 mi único bien y consuelo.

Luego abandoné mi tierra
 maldiciendo de mi suerte,
 y á alcanzar gloriosa muerte
 iba en busca de la guerra.

Me trajo aqui mi destino,
 divisé luciente estrella,
 y su luz tan pura y bella
 parece abrió mi camino.

Y aquel amor maternal
 que en mi pecho se albergaba
 ¡ay Dios! me lo arrebataba
 un lucero celestial.

Siempre ufano le seguí
 cegado con sus fulgores,
 y sus vivos resplandores
 por algun tiempo no vi.

Y para lograr mi empeño
 y volver su luz á ver,
 me era necesario ser
 ó muy grande ó muy pequeño.

Lo primero era locura :
 mas lo segundo alcancé,
 y otra vez me fasciné

con su luz brillante y pura,
 Y aquel fulgor celestial
 llenó de placer mi pecho ;
 pero hoy cual humo deshecho
 solo alumbra por mi mal.

Mi oscuro amor... ¡insensato!
 le admitiera cariñosa
 de la nobleza la diosa?

Isabel.

Calla por piedad, ingrato,
 y esa tu lengua reprime.

Si lo conoces ¡cruel!

por qué á tu amante Isabel
 así la atormentas, dime?

No te entregué yo mi amor
 entero, firme y constante,
 y te admití como amante
 siendo oscuro y trovador?

Cuando á mi reja templaste
 tu laud triste y sonoro,
 no viste mi ardiente lloro
 cuando tu endecha entonaste?

Y ahora mismo el corazón
 no sientes por tí latir?

No ves mi llanto salir
 con esa amarga espresion?

Yo aborrecerte, Gabriel!

Yo que cual á Dios te adoro!

Si eres mi único tesoro
 y mi esperanza...

Gabriel.

Isabel !

Calma ya tu justo llanto,
 que yo muero de placer:
 no lo pudiera creer:
 con que tú me adoras tanto?

Sosíégate ya, angel mio,
 cobra tranquila tu calma:
 vuelve el consuelo á tu alma,
 que yo en tu candor confio.

Pero dime, angel hermoso,
 quién tus pesares causara?

Isabel.

Mi hermano, que me obligara
 á aceptar un nuevo esposo,

- con quien trató de antemano,
como se usa en la nobleza,
calculando su grandeza
para subastar mi mano.
- Gabriel.* Y le pudiste escuchar
su odiosa proposicion...?
- Isabel.* Le negué mi aceptacion
sin querer averiguar
el apellido de ese hombre,
y él me dijo: «le amarás;»
y contesté: «me verás
siempre firme, no te asombre,
Que en mi mano y corazon
no sois vos quien disponeis;
si compromiso teneis
recogereis la espresion.»
- Gabriel.* Bien, Isabel: cuánto aprecio
esa noble valentia!
quién por ti no moriria?
- Isabel.* quién fijara á tu amor precio?
Pasos oigo: alguno viene:
entra aqui luego y espera,
que si alguien aqui te viera...
- Gabriel.* (Qué grandeza de alma tiene!)
Ocultarme! Si, lo haré
por tu pasion solamente;
y alli abatida mi frente
la humillacion sufriré.

(*Se entra por la misma puerta que salió.*)

ESCENA V.

ISABEL. UN PAGE.

- Page.* En la antesala, condesa,
mi señor está esperando,
y el real príncipe acompaña,
pues le place visitaros.
Si estais visible, señora,
y dais vuestro beneplácito...
- Isabel.* Decídes luego que pasen.
- Page.* Bien está. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ISABEL.

Y entra, tirano.

Ven aqui á ostentar tu orgullo,
 pues vienes acompañado
 de la flor y prez de nobles,
 del futuro soberano.

Adúlale con lisonjas
 y te verás ensalzado,
 que eso á los príncipes ciega
 y dan pródigos su mano.

ESCENA VII.

ISABEL. EL PRÍNCIPE. EL CONDE DE FLOR.

Conde. Tengo el honor, Isabel,
 de ver mi gozo colmado,
 presentándoos al gran príncipe,
 que anhelaba visitaros.

Príncipe. Beso vuestros pies, condesa,
 y dispensadme si ufano
 hoy os rindo mis respetos
 de placer enagenado.

Isabel. Gracias por tanta fineza:
 en extremo cortésano
 y galante en demasia
 vuestra alteza se ha mostrado.

Príncipe. No merezco tanto honor.
 Sois un ángel sobrehumano,
 y un príncipe de la tierra
 ante vos está ensalzado.

Isabel. Suspended esas lisonjas
 y ese obsequio cortésano.

Príncipe. (Dirigiéndose al conde.)
 Podeis enviar el pliego,
 que es preciso despacharlo.

Conde. Voy á hacerlo luego al punto,

que el asunto es delicado.
Así, dispensadme, hermana,
si en este instante me aparto
de esta amable compañía,
mientras dejo á vuestro lado
al principe que nos honra
con su porte soberano,
mientras que con su presencia
nuestra casa está encumbrando.

Isabel.

Mucho siento os ausenteis,
porque es un deber sagrado
obsequiarle cual merece;
y yo sola...

Principe.

Sosegaos.
Que la sencillez me agrada,
y jamas podeis mostraros
conmigo mas obsequiosa,
que estando yo á vuestro lado
con franqueza y sin desden.
Podeis ya, conde, ausentaros.

(Se va el conde por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

ISABEL. EL PRÍNCIPE.

Isabel.

(Cielos! qué es esto que siento!
Está mi pecho temblando:
si alguna trama horrorosa
habrán á Isabel trazado?) *(Se sienta.)*

Principe.

Solo con vos, Isabel,
por primera vez me veo,
y estoy cual se halla un doncel
que en adorar es novel
y en demostrar su deseo.

Isabel.

Vuestro lenguaje me estraña!
Qué es lo que vos intentais? *(Se levanta.)*
Así á una muger se engaña?
Así á una hermana se daña?
Ah, conde! cuál me ultrajais!

Principe.

Nada os asuste, condesa:

tranquilamente sentad :
 esa inquietud aplacad ,
 que vuestra virtud ilesa
 quedará ; pero escuchad .

Isabel.
Principe.

(Amparadme , cielo santo.)
 Tiempo hace ya que un quebranto ,
 que una pena insoportable
 hace mi existencia odiable ,
 porque peno y sufro tanto...

Desde que os viera , Isabel ,
 hace un año en el torneo ,
 desde entonces mi recreo
 y último gozo fue aquel ,
 y un año en pos de deseo .

Penetrásteis en el alma
 subyugando el corazón :
 encendisteis mi pasión ,
 y arrebatando mi calma
 aumentásteis mi ilusión .

Desde entonces los placeres ,
 ni los brillantes festines ,
 ni las hermosas mugeres ,
 ni vistosos paladines ,
 ni mis pomposos poderes ,
 fin á mi tedio pusieran ;
 solo en mi pecho existieran
 vuestra memoria y retrato ,
 y esa hermosura y ornato
 que envidia á los cielos dieran .

Isabel.

Por piedad no os propaseis :
 no de ese modo ensalceis ,
 aumentando mi rubor ,
 tan efímero valor :

por compasión no aduleis .

Qué , en torno vuestro no existen
 nobles damas , que en lo bellas
 oscurezcan las estrellas
 si con sus galas se visten ,
 y que suspireis por ellas ?

Qué , he de ser tan insensata ,
 tan necia y tan orgullosa
 que creyera era la hermosa

à quien el príncipe acata
 en la España esplendorosa?
 No tan débil me juzgueis,
 que aunque á la muger la place
 que los hombres la ensalceis,
 efecto en mi pecho no hace
 el incienso que me deis.

Príncipe.

Ah! Isabel! En mi espresion
 no existe la adulacion:

es lo que siente mi pecho:
 me lo dicta el corazon,
 tal llaga en él habeis hecho.

Por vos late enardecido,
 alienta por complaceros,

solo su fin es quereros
 y su empeño decidido

el llegar á poseeros.

En eso mi dicha fundo

y mi constante ventura:

veo en vos la flor mas pura
 que habita el terreno mundo
 con su aroma de dulzura.

Porque sois digna, Isabel,

de ocupar regio dosel,

no de un trono de la tierra,

porque al sentaros en él

todo su brillo destierra.

Porque esa limpia pureza,

ese candor y belleza

la acrisolara el Señor,

para aumentar su grandeza,

su brillantez y esplendor.

Por eso siento en mi mente

que ese brillo refulgente

me prive de sus fulgores,

y sin ver mi pecho ardiente

no admita, no, mis amores.

Isabel.

Mi amor está con mi mano

tan íntimamente unido,

que si algun hombre atrevido

osa pretenderle insano,

no le prestaré mi oido.

Yo reina no puedo ser,
 ni me ciega la ambicion;
 y mi puro corazon
 no se quiere envilecer
 con una torpe pasion.
 Asi vuestro amor guardad
 para reina ó cortesana,
 y mi virtud respetad,
 que nunca pasion liviana
 manchará mi lealtad.

Principe.

Oh qué noble pensamiento!
 esa es voz del firmamento,
 y ese rostro angelical,
 Dios bendice des su asiento
 en su trono celestial.
 Tambien mi amor es tan puro
 como esas palabras son:
 tambien en mi corazon
 existe limpio, lo juro,
 sin nebulosa ficcion.
 Si mi padre ahora me veda
 este amor manifestaros,
 cuando en reinar le suceda,
 el consuelo no me queda
 de hasta mi trono ensalzaros?
 Y con mi voz orgullosa,
 y de mando mi expresion,
 diré con satisfaccion:
 esta que veis es mi esposa,
 la reina de la nacion.
 Y el pueblo os aclamará,
 porque mi cetro robusto
 sumiso respetará,
 ó bien caro pagará
 miraros con ceño adusto.
 Mas no lo hará, vive el cielo,
 aunque le ultraje insolente,
 que en su necio desconsuelo
 jamas alzará del suelo
 su servil é inmunda frente.
 Y hasta que llegue ese dia
 será oculta nuestra union;

mas finando mi agonía
encontrará mi pasión
el premio que merecía.

Isabel. Deseche ya vuestra alteza
esa pasión de su pecho,
que no puede á su grandeza
cobijar con mi nobleza
solo un espacio y un techo.

Y aunque eso posible fuera
vuestro amor no me rindiera,
no porque odio me inspireis,
que mi aprecio mereceis
por vuestra bondad y esfera.

Principe. Según eso existe un hombre
de quien admitís amor?

Y... á quién haceis tanto honor?
Decidme al menos su nombre
para envidiarle mejor.

Isabel. Yo no me he espresado tanto,
ni he querido tal decir.

Principe. Bien se deja traslucir:
si él me roba vuestro encanto,
juro le he de hacer sufrir.

Y si hasta ahora no he sabido
quién es el feliz rival
que ese pecho ha poseído,
yo me gozaré en su mal...

(*El conde, entrando con ademan servil.*)

Conde. Su alteza se halla servido.

Principe. Bien está; y haced ahora
de acompañarme el favor.
Beso vuestros pies, señora.

(*Saluda con ironía.*)

Isabel. Yo vuestra mano. (Oh temor!
ensánchate, pecho, y llora.)

ESCENA IX.

ISABEL.

Desgraciada Isabel! jóven y bella
y al amor en su pecho le dió entrada:

orgullosa escuchó y entusiasmada
 de un hombre la dulcísima querella.
 Eres pura, me dijo, como aquella
 que en los cielos asienta su morada;
 eres también por ángeles velada,
 y el iris venturoso de mi estrella.
 Soy tu amada, exclamé, llena de orgullo,
 mas eres tú mi bien y mi ternura;
 es tan pura tu voz como el arrullo
 del ave que enamora con dulzura
 de las corrientes aguas el murmullo:
 de entonces data mi fatal tristura.

ESCENA X.

ISABEL, *y despues* GABRIEL, *saliendo por la puerta secreta.*

Isabel. Yo siento en mi pecho un fuego que abrasa,
 mi mente ofuscada se llena de horror.

(Se sienta como desvanecida.)

Gabriel. Qué es esto, mi vida, qué pena traspasa
 tu pecho que opreso se ve de dolor?
 Tu pálida frente, tus labios de rosa,
 tu fina mejilla, que da envidia al sol,
 tus ojos rasgados, tus manos de diosa
 matices coloran de triste arrebol.
 Disipa tu pena y enjuga tu llanto:
 respira serena y olvida el pesar:
 tranquila recobra tus gracias, en tanto
 que ufano tu amante, te ve mejorar.

(Isabel va gradualmente volviendo en sí, aunque sus expresiones manifiestan que está afectada de una fuerte pasión.)

Isabel. De quién es el eco que llega á mi oído?
 de quién la dulzura de tierna espresion?
 Sin duda es el aura que libre ha mecido
 los dulces encantos de amante ilusion.

Gabriel. Anima tu mente, recobra la calma:
 conoce á tu amante, querida Isabel,
 verás cuán henchida de gozo está el alma
 y el pecho amoroso del tierno Gabriel.

(*Isabel como enagenada de gozo y recobrando plenamente sus sentidos.*)

Isabel. Gabriel, mi cariño, mi bien y mi encanto:
sois vos por ventura, ó es sueño cruel?

Sois vos quien mitiga mi amargo quebranto?

Gabriel. Yo soy quien te adora, yo soy tu doncel.

Isabel. Retirate luego no venga mi hermano,
que su necio encono sabrá en ti verter.

(*Desde este verso aparece el conde de Flor en la puerta del fondo, y se coloca detras de Gabriel escuchándolo todo sin ser visto de ellos hasta que lo demuestre el diálogo.*)

Gabriel. (*Con entusiasmo.*)

Permite primero que un beso en tu mano
mis labios impriman con dulce placer.

Y en pos de lograrlo, que venga si quiere,
que venga el tirano con furia y ardor;

que venga y te insulte, verás cómo muere
cual déspota infame, cual vil opresor.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. EL CONDE.

Conde. Deten tu lengua, villano:
quién te ha otorgado el permiso
de penetrar sin mi aviso
y aquí presentarte ufano?

Y de mi nombre con mengua
has llegado á blasfemar?

Sabes que te he de arrancar
esa inmunda y torpe lengua?

Gabriel. (*Con serenidad.*) Ved, conde, lo que decís,
que si hora os ciega el despecho
no cede en valor mi pecho
al que en el vuestro sentís.

Conde. Póstrase ante mí el pechero
y oculte su voz altiva,
que ya del tiempo que viva
llega el instante postrero.

Isabel. Tú que pronuncias, tirano?

tú dar la muerte á Gabriel?

Ah! pecho infame y cruel!

Y eres tú, conde, mi hermano?

Gabriel. No temais por mí, señora.

Conde. Que no tema dices? necio.

Muerte á ti, y á ella desprecio,

á esa infame, á esa traidora.

Gabriel. Conde, respetad su nombre.

Temed si osais pronunciar...

y sabed ha de encontrar

un defensor en este hombre.

Este hombre es su amante, si:

es el dueño de su amor.

Conde. Calla esa boca, traidor.

Y tú me insultas así? *(A Isabel.)*

Isabel. Si el orgullo es tu razon

seguirás su senda, bien;

mas yo seguiré tambien

mi firme resolucion.

Este hombre que ves aqui

es el hombre á quien adoro;

este es mi mejor tesoro,

y esa mi nobleza, si.

Conde. Infame, deten tu lengua,

no deshonres mas mi cuna,

que jamas persona alguna

se espresó con tanta mengua.

Tú morirás antes que él,

te partiré el corazon.

Gabriel. No emprendereis tal accion

mientras que viva Gabriel.

Que aunque pobre, tengo espada,

y Dios me dió un brazo fuerte

con que os pueda dar la muerte

y ver mi injuria vengada.

Venid, si no os aterra,

conde, el batiros conmigo,

siendo del duelo testigo

tan solo el cielo y la tierra.

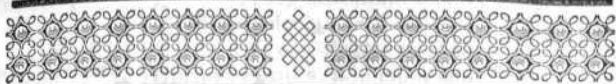
Conde. Yo de deshonrarme habré

midiendo mi limpio acero

con un oscuro pechero?

- Castigaros, si, sabré.
 porque un noble no se humilla
 hasta bajar á un villano.
- Gabriel.* Soy honrado castellano,
 y no os doblo mi rodilla;
 y si no admitis el duelo
 es porque sois un cobarde.
- Conde.* No quiero que se retarde
 su muerte, ¡ perdona, cielo!
 que si me bató con él
 cometiendo una deshonra
 solo es por lavar mi honra
 luego en mi hermana Isabel.
- Gabriel.* Despedios, conde, de ella,
 que acaso no la vereis:
 la muerte, si, encontrareis
 en vuestra altiva querella.
- Isabel.* Gabriel, repara mi lloro
 para no retar al duelo:
 no aumentes mi desconsuelo,
 mirame cómo te imploro.
- Gabriel.* Perdona, Isabel, perdona,
 que voy á lavar tu afrenta:
 Dios no me lo pide en cuenta,
 porque tu bondad me abona.
 Y si salgo victorioso,
 no esperes por ahora á este hombre,
 que marcha en busca de un nombre
 para poder ser tu esposo.
 A Dios, Isabel. Marchemos. (*Al conde.*)
- Conde.* Ven pues á tu sepultura,
 que en ella está mi ventura.
- Gabriel.* Tal vez los dos la encontremos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



Antesala en casa del conde de Flor: puerta lateral á la derecha, otra á la izquierda y otra al fondo.

ESCENA PRIMERA.

(Aparecen tres criados al rededor de una mesa y bebiendo.)

GERMAN. NARCISO. TEODORO.

German. Sea bien llegado el sábado.

Narciso. Sea bien venido.

Teodoro. Amen.

German. Haremos pues una gárgara para remojar la piel. *(Bebe.)*

Narciso. En efecto que el estrépito suena en la calle muy bien; con que... alegrar el estómago con la pinta. *(Bebe.)*

Teodoro. Ya se ve: *(Bebe.)*

hoy estan los rostros plácidos, y esta torre de Babel ha trastornado su régimen.

Narciso. Si la calle es un Belen:

como permiten la cántica...

German. Ya es hora. Desde que el rey se nos murió, que fue lástima, pues nos trataba muy bien á todos los fieles súbditos

de su numerosa grey,
se puso luego el obstáculo
para cantar, y eso fue
una adición que hizo el picaro
del ministro aragonés,
cuando del luto aquel párrafo
se dió á la corte.

Narciso.

Eso es;
como si el que calle un prójimo
volviera la vida al rey.
Ya por fin, nuestro gran principe
hoy coronado se ve,
y el luto de corte tétrico
manda ya desaparecer.

German.

Y en prueba de tanto júbilo,
mostrando grande interes,
da hoy un baile magnifico
el marques de Santa Fé.

Teodoro.

Los señores aristócratas
se divierten, y hacen bien.

Narciso.

En casa habrá fiesta báquica;
volvamos pues á beber. *(Beben.)*

German.

Tal dia como hoy fue trágico
hace dos años, no, tres,
para esta casa.

ESCENA II.

LOS MISMOS y PASCUAL, por la puerta lateral de la izquierda.

Pascual.

Señores!
eso es rendir un tributo
á la cesacion del luto;
y lo hacéis...

Narciso.

Con mil primores.
(Se sienta Pascual, y Narciso le alarga una copa.)

Bebe, que este vino es moro,
y mejor no le has probado.

Pascual.

(Despues de beber.)
Rico gusto me ha dejado.
De Valdepeñas?

Narciso.

De Toro:

que es mejor que el de Jerez,
de Málaga y Veldepeñas.

Pascual.

Hombre, por piedad, tú sueñas;
mira que es...

Narciso.

Bebe otra vez

de este néctar castellano,
y dame franco tu voto. (*Bebe Pascual.*)

Pascual.

Chico, desde hoy soy devoto
de este licor toresano.

German.

Teodoro.

Narciso.

} Bien, muy bien.

Mucho que sí;

y en donde quiera que esté,
el vino defenderé
de la tierra en que nació.

(*Toma la copa en la mano.*)

Este gusto, esta fragancia,
este color encubierto,
ni lo tienen los del puerto,
ni los del Rhin, ni de Francia.

Sepan, y no es maravilla,
que del vino en la escelencia,
se debe dar preferencia
al que se cria en Castilla.

En Toro el tinto, no hay mas;
pero el blanco, hay quien esceda
al que en la Nava y en Rueda
se coge?

Pascual.

Por barrabás,

que no hay nadie que retruque
tus palabras.

Narciso.

Lo esperaba.

Pascual.

Con esto se me olvidaba
preguntaros por el duque.

Teodoro.

Con el amo adentro está
con mucho misterio hablando.

German.

Teodoro.

German.

Narciso.

Pascual.

Y habrás estado escuchando...

Por acaso oí...

} (*Riendo.*) Ya, ya.

Y sepamos, qué escuchaste?

- Teodoro.* Y el secreto?
Todos. Pues es claro.
Narciso. Puedes hablar sin reparo,
 y decir cuanto notaste.
Teodoro. Señores, lo que advertí
 fue, que con gran sentimiento
 hablaban del testamento
 del rey. Mas no comprendí
 nada que pueda...
Narciso. Esto es fijo:
 no querrá este buena alhaja...
Teodoro. No entendí mas que una caja...
 con un retrato... y de un hijo...
Narciso. Pero... y qué?
Teodoro. Luego callados
 se quedaron; así yo...
Narciso. Comprendistes algo?
Teodoro. No.
Narciso. (Con ironía.) Pues quedamos enterados.
 Despues de tu pesadez
 y de tanto rodear,
 nos has venido á espetar
 una solémne sandez.
 Dónde está el secreto? en dónde?
German. Si quieres, yo seguiré
 con mi historia, y contaré
 aquel fracaso del conde.
Narciso. Mucho que sí; y beberemos
 para que caiga en mullido, (*Beben todos.*)
 y al fin, al fin divertido
 este rato pasaremos.
 Cuéntala sin aparatos,
 no logres á este imitar,
 (Señalando á Teodoro.)
 y vengamos á sacar
 un gran nada entre dos platos.
Pascual. Es el fracaso tal vez
 del conde y el trovador?
German. El mismo.
Narciso. Pues haz favor
 de contarlo, y de una vez
 sabremos cómo pasó:

lo cuentan de varios modos,
y yo creo que entre todos
ninguno verdad contó.
Porque bien sabeis vosotros
que cuando un cuento se cuenta,
nada al contarse se inventa
si antes le contaron otros.

Pascual.
German.

German, no serás petate.
No seré; mas ante todo,
dejadme empinar el codo (*Bebe.*)
y remojar el gazzate.

Pues señor, ese hombrecillo,
sin saber cómo ni cuándo
se prendó de la condesa
con muchísimo descaro;
le sorprendió mi señor
una vez con ella hablando,
y acortando las razones
salieron desafiados;
y en un santi amen se vió
herido y vencido el amo.

Entonces, él, generoso,
le trajo en sus mismos brazos
hasta casa, y al instante
su vida la puso en salvo.

Bien hizo, que si le agarran
le cuelgan luego de un palo.

El amo mientras curaba,
siempre estaba en él pensando;
unas veces le veía
de pies y manos atado.

Otras...

Pascual.
Narciso.
German.

Calla, se aproximan.

En efecto, son los amos.

Pues desalojemos esto,
y á proseguir á otro lado. (*Se van.*)

ESCENA III.

EL CONDE DE FLOR. EL DUQUE DE ESTEPA.

Conde.

Con que tan bien se portó

- desde que llegó á mandar
 en la accion que dirigió?
- Duque.* Dicen que jamas se vió
 tan bizarro militar.
 Que en medio de la pelea,
 él cruzó con su caballo
 cual rayo que centellea,
 para animar al vasallo,
 que ausente el gefe flaquea.
 En medio del enemigo
 con su espada penetró,
 y á un escuadron arredró
 con diez soldados consigo,
 y victorioso volvió.
- Conde.* Entonces con gran justicia
 conde de Campo Marcial
 y grado de general
 se le ha dado en la milicia,
 siendo tan bravo y leal.
- (El duque empieza á leer un pliego que ha estado abriendo desde los versos anteriores.)*
- Duque.* Aqui hablan en este pliego
 del nuevo encumbrado conde,
 de su valor, de su fuego...
- Conde.* Y permanece ahora, en dónde?
- Duque.* En donde no haya sosiego. *(Sigue leyendo.)*
 Calla, pues á última hora
 nos dicen con sentimiento,
 lleno el pecho de ardimiento,
 y en el instante de ahora,
 se aleja del regimiento.
 El oficial y el soldado
 sienten su pronta partida,
 porque dicen que á su lado
 todos perdieran la vida
 con un arrojó estremado.
- Conde.* Lástima es que un gefe así
 tan pronto pida el retiro.
- Duque.* Acaso haya habido allí
 quien le haya asestado un tiro:
 sucederá lo que aquí.
 Pero hablando de otra cosa,

Conde.

nada habeis averiguado
 acerca de aquel menguado
 que en la contienda afrentosa
 vuestro honor hubo manchado?
 Nada he sabido de ese hombre;
 desconocido es su nombre
 de todo el pueblo español:
 murió acaso, no os asombre,
 allá en la accion del Ferrol:
 donde un número escesivo
 de voluntarios leales
 matara el rebelde altivo,
 ó tal vez llore cautivo
 sus infamias y mis males.
 No conocéis, duque, cuánto
 el encontrarle deseo;
 le odio y le aborrezco tanto,
 que su sombra me da espanto
 cuando en mi mente la veo.
 Y ahora que soy del poder
 el hombre mas allegado,
 y que fundo mi placer
 tan solo en verme vengado,
 nada dejaré de hacer.
 Lo mismo me dice el rey;
 si se halla, caiga la ley
 sobre su infame cabeza,
 que deshonoró mi nobleza
 siendo un hombre de mi grey.
 Qué sabeis de la condesa?
 Cumplirá al fin su promesa?

*Duque.**Conde.**Duque.*

Continúa retirada
 allá en su quinta.
 Y profesa
 vendrá á ser la desgraciada!
 Siendo tan jóven y bella
 sufrir con tanto rigor:
 qué fatal la fue su estrella!
 Mayor fue mi deshonor.
 Y el rey no os habla ya de ella?
 Jamas la nombra ante mí;
 pero en insomnio cruel

*Conde.**Duque.**Conde.*

- anoche le sorprendi,
 y estas voces le adverti :
 «Qué ingrata fuiste, Isabel.»
Duque. Sin duda en su corazón
 aun existe su pasión
 con caracteres de fuego :
 pero ella, qué decisión
 para rechazar su ruego.
Conde. Infame ! tal desacato
 á mi blason, á mi cuna !
 y con tan poco recato
 admitir de un hombre el trato
 sin títulos ni fortuna.
 Por ella, duque, me miro
 de los nobles siendo el blanco.
Duque. Pero estando en su retiro...
Conde. A su recuerdo, soy franco,
 solo venganza respiro.
 (*Un page desde la puerta del fondo.*)
Page. El rey se llega, señor,
 y de incógnito ha venido. (*Vase.*)
Conde. No sé qué oculto temor
 me revela este favor.
Duque. Algo urgente habrá ocurrido.

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY.

- Rey.* Os encuentro reunidos,
 y sabe Dios que me alegro.
Conde. Nosotros con vuestra vista,
 señor, nos envanecemos :
 que en mi casa tanto honor...
Rey. Voy á deciros mi objeto.
 Ciertas quejas reservadas
 me llegan de algunos pueblos,
 sin que hayais tenido, conde,
 noticia de nada de ello ;
 y para poder juzgar
 con mas esmerado acierto,
 en persona, y aun de incógnito,

- he pensado recorrerlos.
Conde. Pero saldreis sin escolta?
Rey. Tan solo tres caballeros
 me acompañarán.
Conde. Tan solos!
Rey. Debo acaso tener miedo?
Conde. Eso no: mas... la prudencia...
Rey. No seais, conde, mas molesto:
 no busco vuestra opinion;
 y ahora tan solo os advierto
 que os encargueis en mi ausencia
 de que rijais el gobierno
 hasta que á Madrid regrese.
 Teneis aqui mi real sello.
 (*Le entrega su anillo.*)
Conde. Y...
Rey. El replicadme escusad,
 porque en ello hay un secreto;
 mas dejadme en este instante,
 que hablar con el duque tengo.
Conde. (*Si querrá destituirme?*)
 Siendo asi, solos os dejo.

ESCENA V.

EL REY. EL DUQUE DE ESTEPA.

- Rey.* Puedo de vos disponer,
 guardando en todo silencio,
 para un caso reservado
 que me ocurre?
Duque. Si merezco
 que de ese modo me honreis,
 mandadme, señor, que luego
 daré por vos sangre y vida.
Rey. Ya conté con vuestro celo.
 Don Jimeno y don Garcia
 sabrán guardar un secreto?
Duque. Me parece que serán
 en lo que queramos nuestros.
Rey. Pues á avisarles; volad,
 y al instante marcharemos
 en busca de lo que anhela

para descanso mi pecho.
Esta noche en mi palacio :
à las dos.

Duque.

No faltaremos. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

EL REY.

Harto tiempo sufrí : con mi tristura ,
y el dolor , y la ofensa recibida ,
largas noches pasé de desventura
buscando en balde la quietud perdida :
en mi mente refleja su hermosura ,
amargando el tormento de mi vida ,
y el recuerdo infeliz de aquella ingrata
un tesoro perdido me retrata .
Y el inmenso poder de que soy dueño
no pinta el vivo cuadro de la nada ?
y esta pompa mundana no es un sueño ,
que deslumbra à la mente fascinada ?
Qué vale este poder ? De qué mi empeño ,
si es mi estrella fatal y desgraciada ?
No humillé una mujer mi amor sincero
admitiendo à la vez el de un pechero ?
Y afrentando mi estirpe , el amor crece
con estremado afan y ardiente llama ;
y al recordar mi ofensa , me parece
que enardecido el pecho mas se inflama :
el corazon de rabia se estremece :
solo un calmante aterrador reclama ,
y otro medio no encuentro ni esperanza
que el uso de la fuerza y la venganza .
La fuerza , sí : la fuerza aterradora
contigo voy à usar , muger impia ,
si no escuchas la voz abrasadora
que ardiente quema la existencia mia :
acógeme benigna y seductora ,
tornándome el reposo y la alegría ;
mas si esquivas ingrata mis amores ,
el peso sufrirás de mis rigores .

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



Sala en una quinta de las montañas de León: puerta lateral derecha, otra al fondo. Es de noche: hay tempestad lejana.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Absorta mi mente
en contemplacion,
tan solo recuerda
mi perdido amor.
Si en pláticas santas
impreco á mi Dios,
mi labio pronuncia
mi antigua pasion.
Mil veces le pido
á Dios con fervor,
que borre esta idea
de mi corazon.
Qué digo? Borrarla!
No puede ser, no;
que está retratada
con firme color.
Adónde respiras
con pena y baldon?
En tierras lejanas

:

sin gozo ni honor.
Tal vez seducido
por otra que yo,
tan solo á ella muestres
tu ardiente pasion.
Si halago fingido
tu pecho ablandó,
recuerda mi imagen
y mi puro amor.
Te espera tu amante
en triste mansion,
y al lúgubre acento
de su triste voz
repite tu nombre
y aumenta su amor.
Si aqui en el retiro
no existe pasion,
reside en mi pecho
por tí, trovador. (*Momento de pausa.*)
No os vayais, sueños, de mi,
que con ellos feliz soy;
he soñado que te vi
á mi lado amante hoy,
y al despertar te perdi.
Ay, mi encanto! mi Gabriel!
Cuánto pena tu Isabel
por tenerte tanto amor;
y dudando si eres fiel
es mi tormento mayor.
Por tí despreciara el brillo
de una corona luciente,
cuando tan rica y fulgente
me la ofreciera el caudillo
de esta nacion imponente.
Y todo aquel esplendor,
qué bien en mí sentaria;
estaria cual la flor
que á las demas en albor
escede, y en lozania.
Mas... qué digo? No, orgullosa
solo adoro á mi Gabriel:
solo de tí será esposa

tu tierna amante Isabel,
 y contigo cariñosa.
 Mas yo no sé si tú existes,
 no sé si habrás sucumbido:
 ingrato! Tú no quisistes
 oír mi acento condolido
 cuando á batirte te fuistes.
 Si respiras espatriado,
 huye de mi amante yugo,
 que estás ¡ay Dios! sentenciado
 á ser presa del verdugo,
 cual un vil, cual un malvado.
 Y no habria compasion
 para alcanzar tu perdon:
 porque se halla en el poder
 mi hermano, y anhela ver
 desgarrar tu corazon.
 Piedad, Dios mio! Qué haré?
 Yo á Gabriel olvidaré?
 Tal vez en este momento
 no exista ya: le amaré (Con resolucion.)
 en el regio firmamento.

ESCENA II.

ISABEL. MARTA.

- Marta.* Señora, acabo de dar
 en vuestra quinta aposento
 á cuatro hombres que han llegado,
 y parecen caballeros.
- Isabel.* Y el objeto con que vienen
 se sabe cuál es?
- Marta.* Yo creo
 que lo oscuro de la noche,
 la tempestad y los truenos,
 hayan sin duda causado
 su pérdida de sendero.
 El uno viene en un coche,
 está triste y macilento,
 y los demas le obedecen
 y le sirven con esmero.

Isabel.

Cuidad que nada les falte,
preparadles cena y fuego:
mas no permitais que pasen
de esa habitacion adentro;
pues ya sabeis que hice oferta
de no ver en ningun tiempo
á hombre ninguno, á no ser
que ya mas benigno el cielo
quisiera al fin devolverme
de mi corazon al dueño.

Mas... qué digo? desdichada!
Solo torcedor eterno
en mi vida encontraré.

Dejadme, dejadme luego.

Marta.

Yo quisiera preveniros
lo que acabo de oir de ellos.

Isabel.

Qué es eso, Marta, qué dices?
podrán ser hombres perversos
que atenten á nuestra vida?

Marta.

No señora; nada de eso:
si no que yo he sospechado,
viendo hablaban en secreto,
que en aquesta aparicion
se ocultaba algun misterio.

Isabel.

Y qué palabra has oido?

Marta.

Haber escuchado creo
á uno de ellos vuestro nombre;
y otro dijo: algun pretesto
buscad para averiguarlo.

Y así con tono modesto,
el del coche preguntó:
vivis sola en estos yermos?

Isabel.

Y tú qué le respondiste?

Marta.

Una hermanita que tengo
me sirve de compañera;
y continuó: no podremos
manifestarla tambien
nuestro reconocimiento?

Le dije estabais enferma
y descansando en el lecho.

Quisieron mas insistir,
y contesté: caballeros.

respetad como un sagrado
su habitacion, que un misterio
existe aqui, mas ahora
revelároslo no puedo.

Isabel. Pues aproximáte á ver
si les descubres su intento,
é impide de todos modos
que aqui penetren.

Marta. El cielo
nos protegerá, señora:
sosegad, no tengais miedo.
(*Se va por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

ISABEL.

Yo no sé qué nueva pena
vaticina el pensamiento:
parece que me desgarran
á pedazos todo el pecho.
Si será...? Necia ilusion!
Será otro nuevo tormento.
Desamparada en el mundo
de protectores y deudos,
qué es lo que puedo esperar
en mi vida? Desconsuelo.
Cual austero anacoreta
me cobijo en estos yermos,
y su soledad profunda
mitiga mi acervo duelo. (*Se oyen voces.*)
Voces oigo: me retiro,
y amparadme, santos cielos.
(*Se entra por la puerta lateral.*)

ESCENA IV.

MARTA. EL REY, *de incógnito.*

Marta. (*Desde fuera.*)

Deteneos; dónde vais?

Rey. (*En el fondo aparte.*)

Mal disimulo el corage.

Marta.

Cuando os doy franco hospedage,
de mi bondad abusais?

(Interponiéndose ante el rey.)

Rey.

Sin duda se habrá ocultado. *(Aparte.)*

Señora, anhelo saber
á quien mas soy en deber
el asilo que me han dado.
Y pues antes me dijisteis
que quien con vos habitaba
vuestra hermana era, anhelaba
conocerla; me entendisteis?

Marta.

Aunque fuera el mismo rey
no viera el gusto cumplido.

Rey.

Como el ser agradecido
es de caballeros ley,
no debo de aquí ausentarme
sin ofrecerla primero
mis respetos y mi acero,
y ante sus plantas postrarme.
El deber me ordena aquí
ser en extremo cortés.

Marta.

Caballero, esto ya es
quererse burlar de mi.

Rey.

*(Si con tal afán se empeña
de este sitio en separarme,
logrará al fin enfadarme
sin gran trabajo la dueña)*

Señora, no nos cansemos:

es preciso que la vea,

mi corazón lo desea,

y si ha de ser, despachemos.

(Se dirige á la puerta lateral con objeto de abrir, pero

Marta se lo impide interponiéndose.)

Marta.

Deteneos. Qué imprudencia!

Sabeis que propicio el cielo

nos protege en este suelo?

No aumenteis vuestra insolencia,

que aunque mugeres seamos,

y débiles, el favor

de nuestro Dios vengador

nos sigue si á él apelamos.

Rey.

No soy hombre que se aterra

porque tal pronuncieis vos ;
 que si en el cielo hay un Dios,
 no falta un rey en la tierra.
 Y este, solo de Dios tiene
 de su justicia la espada,
 y ahora está muy sosegada
 porque á sus fines conviene.
 Si no vereis...

(Se adelanta con resolucion y abre la puerta lateral, á la que se presenta Isabel.)

Marta.

Retirad.

Isabel.

Quién es el que holla la ley? *(A la puerta.)*

Rey.

Quien penetra aqui es el rey.

Marta.

Cielos! El rey! *(Confundida.)*

Rey.

(A Marta.) Despejad.

ESCENA V.

EL REY. ISABEL.

Isabel.

Virgen Santa! El rey aqui!
 Siendo este sitio un sagrado
 que á todo hombre está vedado,
 vos lo profanais asi?
 Apartad: sois un osado.
 Vos que debeis amparar
 de la virtud el asilo,
 lo enseñais á profanar?
 No estareis, no, rey, tranquilo,
 que el crimen os va á aterrar.

Rey.

Y quién, Isabel, se atreve
 á que yo mi gusto tuerza?
 Si alguien con pretesto leve...

Isabel.

Luego es la ley de la fuerza?
 Y eso pronunciais? Aleve!
 En dónde está la nobleza
 de que luego haceis alarde?
 Ostentais vuestra grandeza
 cometiendo una vileza
 con una muger? Cobarde!
 Dejadme sola por Dios;

Rey.

dejadme, y no me irriteis.
Solos estamos los dos,
y es preciso me escucheis.

Isabel.

Dejadme, dejadme vos.

Rey.

Isabel, por compasion,
desechad pretesto vano,
hable solo el corazon,
y muéstrete mi pasion,
cuyo origen es lejano.

Yo por tu amor merecer
he cometido esta culpa;
nada malo juzgué hacer;
si mi pecho te disculpa
ven mi trono á ennoblecer.

Isabel.

Qué es lo que osais pronunciar?
Asi quereis profanar
este asilo y mi quietud?

Respetad, rey, mi virtud,
que yo á nadie puedo amar.
Solo mi amor entregué

á un hombre que Dios crió,
puro, amoroso, y á fé
que solo de él ser juré.

Rey.

Pero ese hombre ya murió;
y sus señas no han fallado;
fue á alistarse de soldado,
y en los campos del Ferrol
su cadáver se ha encontrado.

Mas... murió como español.

Isabel.

Cielos! Encontró la muerte
en premio de tanto amor?
Esa, Gabriel, fué tu suerte?

Rey.

Pronto ante Dios he de verte.
Murió por fin con honor.
Lo que no le sucediera

si le encuentra la justicia,
porque entonces pereciera
en la horca, y lo mereciera,
y asi murió en la milicia.

Isabel.

Gran Dios! En este momento
repito mi juramento.
Ya que de él no pueda ser,

me encerraré en un convento,
y hoy profesas me he de ver.

Rey.

Profesas tú! No lo creas:
nunca, nunca lo serás:
pronto en mi trono estarás,
y cuando reina te veas
tal vez te envanecerás.

Isabel.

Yo envanecerme, insensato,
con deslumbrante grandeza?
No conocéis mi pureza?
Solo á la virtud acato,
y aborrezco esa nobleza.

Rey.

Mira, Isabel, yo te imploro,
yo anhele tu blanca mano:
yo ambiciono ese tesoro
que no se encuentra en lo humano,
y que ensalza mi decoro.
Cuándo tú has visto, Isabel,
al rey del mundo humillarse,
y á un trovador postergarse
después de la muerte de él,
y con cetro arrodillarse? (*Se arrodilla.*)

Pues ahora, Isabel, lo ves;
ahora tienes á tus pies
mi real cetro y mi corona,
y al que dueño del mundo es,
y que de grande blasona.

Isabel.

Alzad, gran señor, del suelo,
y no delireis así;
que para mí no hay consuelo
del tesoro que perdí,
y que encontraré en el cielo.
Solo en un claustro encerrada
podré mitigar mi llanto
á la oracion entregada;
que en el mundo ya no hay nada
con que aliviar mi quebranto.

Rey.

Si lo encontrarás, si quieres,
entre profusos placeres
y entre plácidos festines,
donde brillen paladines
ostentando mis poderes.

- Y entre todos, alma mia,
disiparán tu aflicción,
y con pompa y bizarría
te obsequiarán á porfía
los grandes de mi nación.
- Isabel.* Vos me juzgais orgullosa,
y me pensais deslumbrar
con esa pompa engañosa?
- Rey.* Quiero llamarte mi esposa
y que me llegues á amar.
- Isabel.* Yo no debo ser perjura
ante el Dios que ahora nos mira:
solo en una celda oscura
seré esposa del que gira
á este mundo sin ventura.
Yo vuestra nunca seré,
que para el mundo acabé,
con que ese empeño dejad.
- Rey.* Yo á amarme te obligaré.
- Isabel.* Callad, tirano, callad.
- Rey.* Ya que son nulos mis ruegos
para esa tu pertinacia,
tendrá mi pecho la audacia
de enviar fingidos pliegos
y que el papa dé su gracia.
Y ya que mi magestad
y mi honor son ofendidos
por tí con esa crueldad,
pronto estarán resarcidos
solo con mi autoridad.
Yo ya no puedo sufrir
ultraje tan afrentoso,
y juro al fin conseguir
que llegaré á ser tu esposo.
- Isabel.* Antes me vereis morir.
- Rey.* Pues no hay remedio, Isabel;
si con mi amor no consigo
hacerte menos cruel,
la fuerza usaré contigo
hasta verte en mi dosel.
- Isabel.* Y eso á pronunciar se atreve
vuestra fementida lengua?

Cuándo del pueblo en la plebe
un corazon mas aleve
se encontrará y de mas mengua?
Solo de oiros me afrento :

y eso hace un rey de Castilla
de su honor con detrimento?
Escuchad mi juramento.

Antes muerte que mancilla.

Rey.

No sé qué idea alimenta
de despecho el corazon :

burlar asi mi pasion
cubriéndome tal afrenta
y empeñando mi blason?

Aunque me llamen tirano
veré cumplido mi gusto.

Isabel.

Y abusareis, inhumano...?

Rey.

En poseyendo tu mano
volveré á ser un rey justo.

Falsos testigos tendré
que digan que en el altar

mi puro amor te juré,
y llegando tú á aceptar,

mi corazon te entregué.

Isabel.

Qué es lo que escucho? Gran Dios!

*(Cae desmayada en un sitio. El rey se aproxima á la
puerta del fondo y llama al duque, pero Marta se le
antepone.)*

Rey.

Duque.

Marta.

Muerta! *(Viendo á Isabel.)*

Rey.

Y vos aqui!

Temed mi furor!

Marta.

(Cayendo de rodillas ante el rey.)

Oh! si.

Rey.

Llevémosla entre los dos. *(Al duque.)*

(Se la llevan entre el duque y el rey.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



Acto cuarto.



Cabaña pobre en las montañas de Leon. Puerta al foro que da salida al bosque; otra puerta lateral derecha, que tambien da al bosque: hay en la chimenea lumbre ardiendo, y á su lado un escaño en donde está Isabel desmayada.

ESCENA PRIMERA.

GABRIEL. ROCAÑO. ISABEL, *desmayada.*

Gabriel. No vuelve, y van ya dos horas;
mas su corazon palpita,
y aunque está su frente pálida
á veces sus ojos giran.

Rocaño. Y aunque con mucho trabajo,
de cuando en cuando respira.

Gabriel. Gran Dios! mira su inocencia
y su quebranto mitiga:
si mi aliento es necesario
para volverla á la vida,
yo la ofrezco envanecido
mi sangre, mi ser!... oh dicha!
Si logro que entre mis brazos
el murmullo de la brisa
disipe el negro quebranto
que á su corazon fatiga,
será en mi vida el primero
y el mas feliz de mis dias.

- Rocaño.* Tranquilizaos, que pronto recobrareis la alegría, y vuestras antiguas penas quedarán desvanecidas.
- Gabriel.* No, Rocaño, el hado impio solo á sufrir me destina, y al mirarla en este estado hasta el corazon vacila.
- Rocaño.* Tambien mi Bárbara estuvo si las guilla ó no las guilla, y al fin ella se burló de su enfermedad maligna, poniéndose al poco tiempo como un cebon de rolliza. Qué gorda! qué frescachona!
- Gabriel.* Por Dios, Rocaño, no sigas ni me cuentes historietas, que me bastan con las mias. Recobra, Isabel, tu calma, vuelva tu quietud perdida.
- Rocaño.* Mirad pues...
- Gabriel.* Basta, Rocaño; acuérdate de las victimas que á nuestros filios murieron.
- Rocaño.* Que no se anden en chiquitas, y no roben á mugeres como doña Isabelita. Quiénes serian? Yo creo que eran ladrones de vidas.
- Gabriel.* No tal juzgues; que ellos eran personas de gerarquia, y al que iba dentro del coche, que dejé con una herida, le respetaban sumisos los que á su lado venian.
- Rocaño.* Tambien fue suerte el hallarlos, y librar la pobrecita de doña Isabel de aquellos tunos, galopos, arpías, villanazos, mala sangre... lo que es aquel figurilla que se me encaró tan tieso

con su espada guarnecida
de tanta plata y tanto oro
como al parecer tenia,
le arrime tanto buen tajazo
que le dejé dividida
la cabeza por mitad.

Gabriel.

Iba el tajo con ganillas.
Isabel! Y tú no vuelves?
Sin duda está condolida
amargamente tu alma.
Cuánto, cuánto, prenda mia,
te habrán hecho padecer
esas sierpes maldecidas,
esos que se llaman nobles,
y á nuestro amor se oponian.
Habrás sido, desdichada,
de su crueldad la victima.

Isabel.

Ay!!

Gabriel.

Rocaño, oiste? Respira.

Retirémonos al punto,
que tal vez puede la aflija
en tan impensado instante
la aparicion repentina
de su Gabriel: oh Rocaño!
Hoy es sin disputa el dia
que el cielo quiere otorgarme
en premio de mis desdichas.

(Isabel, que habrá ido gradualmente volviendo en sí, esclama:)

Isabel.

Cielos! si soñando estoy!
no aparteis de mi este sueño!
oigo la voz de mi dueño.
Dios mio! Qué feliz soy!

ESCENA II.

ISABEL. GABRIEL.

Isabel.

Gabriel! Gabriel! Ilusion!

Gabriel.

Gabriel, si; que hora te mira,
y enagenado respira.

Isabel.

No me engañes, corazon.

Eres tú , mi amor , mi bien ?
 Deja que tu aliento aspire.
 Y que yo , Isabel , te mire
 en mi delirio también ,
 y que en esa frente pura ,
 en simbolo de cariño
 imprima cual hace un niño
 un ósculo de ternura.

Gabriel.

Ven , ven : te estrecho en mis brazos ,
 que tanto bien no creyera :
 quién hora impedir pudiera
 tan tiernos y santos lazos ?

(Isabel se separa de él , como aterrada de un funesto recuerdo.)

Pero... qué oculto dolor
 á tu corazón agita ,
 que tu frente se marchita
 recordándote mi amor ?

Isabel.

Qué es esto ? acaso te ofende
 mi presencia y mi arrebató ?
 Calla por piedad , ingrato ,
 y á nuestro destino atiende :
 que nos ciega la ventura
 y ofusca nuestra razón ;
 pero ¡ ay Dios ! el corazón
 me anuncia nueva amargura.

Lo estoy viendo y no lo creo :
 dime : por qué en este instante
 en los brazos de mi amante
 tan de improviso me veo ?

Gabriel.

Porque mi estrella dichosa
 quiso llevarme á tu lado ,
 cuando de tu hogar sagrado
 te arrebataban , mi hermosa.
 Porque mi acero cortante
 ha castigado al infiel ;
 por eso estás , Isabel ,
 en los brazos de tu amante.

Isabel.

Qué placer ! hizo lo Dios
 para premiar nuestras penas ;
 todas las tengo por buenas
 siendo felices los dos.

Pero... qué idea, Dios mio,
 turba mi imaginacion!
 proscrito estás; tu prision
 desean con desvario.

Y anhelan que tu cabeza
 caiga á manos del verdugo;
 á si á mi hermano le plugo,
 y juró por su nobleza
 ahogar en tí su corage
 lavando el negro borron
 con que empañó su blason
 de un trovador el ultraje.

Gabriel.

Desecha, hermosa Isabel,
 ese dolor que te aflige,
 y verás cuál se corrige
 el tiempo fatal, cruel,
 que hemos pasado los dos;
 porque de hoy mas con usura
 nos seguirá la ventura
 con la proteccion de Dios.

Mil votos de gracias tengo
 con que el mismo rey me honrara,
 diciéndome deseara,
 si acaso en ello convengo,
 viniese pronto á la corte
 para brillar á su lado;
 que ya bastante he mostrado
 mi valor y noble porte.

Mas, si orgulloso volaba
 hácia la corte, no era
 su pompa vil, pasagera,
 la que mi pecho buscaba.

Era á un angel, á una diosa,
 á un ser celestial, divino,
 á el fanal de mi destino,
 á mi Isabel, á mi hermosa.

Para decirle mi amor
 desecha tu sentimiento,
 y oye otra vez el acento
 del oscuro trovador.

Del que es hoy un general
 con treinta acciones de guerra,

y se titula en la tierra
 «conde de Campo Marcial;»
 y si el mezquino interes
 de titulos y grandeza
 ciega á esa altiva nobleza,
 yo los ofrezco á sus pies.
 Y sin deshonra podré
 enlazarme con tu cuna,
 porque me dió la fortuna
 honores que yo gané.
 Si eso agranda sus blasones,
 si eso da orgullo altanero,
 ténganlos, yo no los quiero,
 solo estimo mis acciones.
 Por ellas, no por mis grados,
 vóime al rey á presentar,
 y lograré revocar
 lo que hicieron los malvados.
 Y esa sentencia infamante
 que amenaza á mi cabeza,
 mal que pese á esa nobleza
 la haré anular al instante.
 El rey me protegera.
 El rey has dicho?

Isabel.

Gabriel.

Isabel.

Si, el rey.

Ese ultrajando la ley
 á su ira te inmolará.
 Ignoras tú quién fue el hombre
 que á su amor quiso obligarme?
 Sépalo para vengarme.

Gabriel.

Isabel.

Te ha de horrorizar su nombre
 si lo digo.

Gabriel.

Qué temor!

Responde, aunque un nuevo mal...
 Pues es el rey tu rival.

Isabel.

Gabriel.

El rey!

Isabel

El mismo.

Gabriel.

Qué horror!

Isabel.

Ese es á quien tú has herido:
 ese es el que me ofreció
 una corona, y juró
 ver su gusto conseguido:

ese me dijo : « Isabel ,
 si con mi amor no consigo
 hacerte menos cruel ,
 la fuerza usaré contigo
 hasta verte en mi dosel. »

Gabriel.

Y es ese el hombre por quien
 mi sangre vertí gustoso ,
 mientras ingrato , alevoso
 me arrebató mi bien ?
 Ese es el que sin mancilla
 debe de hacer respetar
 la ley que juró guardar
 para ser rey de Castilla ?

Y no hay que tomarlo á enojo ,
 porque dirá al que le arguya ,
 que siendo la fuerza suya
 no habrá otra ley que su antojo.

De modo que siendo así
 dirá con acento bravo ,
 olvida á Isabel , esclavo ,
 que la quiero para mi.

Y seguirá sin rebozo :
 pues que la adoraste tú ,
 hoy irás con Belcebú
 á dormir á un calabozo ?

Con que es decir , que no hay leyes
 ni derechos que guardar ,
 ni pueblo que respetar
 cuando les place á los reyes ?

Con que es decir que los hierros
 tan solo son nuestra herencia ,
 llevándolos con paciencia
 del cuello como unos perros ?

Por Cristo que de corage
 hierva mi sangre en las venas :
 cuándo rompes las cadenas ,
 pueblo , y lavas tanto ultraje ?

Cuándo haces que el hierro vibre
 sobre un déspota oscilante ,
 diciendo con voz pujante
 que el pueblo debe ser libre ?

Isabel.

Gabriel , te ciega el furor.

Gabriel.

Pues qué, debo de callar
 cuando me quiere robar
 á la prenda de mi amor?
 Mas si atrevido, altanero
 tan vil pensamiento abriga,
 no es el rey el que me obliga
 á sucumbir á su fuero.
 No lo será, no, Isabel:
 porque sin tí, qué es mi vida?
 es una flor desvalida
 sin aroma en el vergel.
 Un fruto sin madurar
 que aparentó ser lozano,
 y que corroyó el gusano
 sin dejarlo prosperar.
 Fuera un buque, que en bonanza
 el ancho mar navegó,
 que en la costa se estrelló
 y muere con la esperanza.
 Y fuera... mas es delirio,
 y el pensar en esta accion
 me entristece el corazon
 causándome atroz martirio.
 Pero si el rey se empeñara
 por la fuerza en ser tu esposo,
 mi acero de sangre ansioso
 en su pecho le clavara.
 Porque mi honor no mancilla
 ningun hombre en este suelo,
 y para vengarme, apelo
 al mismo rey de Castilla.

Isabel.

Sosiegate ya y escucha,
 no ahuyentes en tu arrebató
 las doradas ilusiones
 que hace tiempo alimentamos.
 No en tu delirio destruyas
 los medios que hay de salvarnos.
 Partamos luego á la corte;
 que tal vez ya mitigado
 de sus furores el rey,
 olvide con placer grato
 el antiguo desafio

que tuviste con mi hermano.
 Además, cuando conozca
 en ti al valiente soldado
 que á portugueses rebeldes
 ha logrado escarmentarlos,
 y con hazañas de guerra
 sus banderas ha ensalzado;
 conociendo tu inocencia
 en el acto del asalto,
 cuando astuto me llevara
 en su coche el muy osado,
 te conceda su perdón,
 aunque es algo temerario.

Gabriel.

Calla, Isabel, no prosigas
 atormentándome tanto:
 pues qué, con tanta bajeza
 me he de postrar humillado
 ante el que infame ha querido
 al lucero puro y claro
 que mi corazón adora
 con ignominia mancharlo?
 No haré tal, Isabel mía;
 no seré yo un vil esclavo
 que lama servil el suelo
 donde el tirano ha pisado.
 No lo seré; nos iremos
 á cualquier reino cercano,
 en donde solo tu amor
 me sirva de eterno amparo.
 Y libres de ese oropel
 que por nobleza nombraron,
 y que tan solo la infamia
 bajo su pliegue ha abrigado,
 nuestras cándidas acciones
 y nuestros eternos lazos
 labrarán en nuestros pechos
 la dicha que ambicionamos.

Isabel.

Pues abreviemos la marcha,
 y plegue á Dios soberano
 que hoy desaparezcan las penas
 y los antiguos quebrantos.

ESCENA III.

LOS MISMOS. ROCAÑO.

- Rocaño.* Señor, señor, aquí llegan
gran número de soldados,
y sin duda en nuestra busca
caminan los veteranos.
- Isabel.* Cuándo ¡cielos! del dolor
la amarga copa apuramos?
- Rocaño.* Estan muy próximos ya;
son muchos, y separados
estan circundando el bosque.
Nos defendemos, mi amo?
- Gabriel.* Si, qué haremos, si; mis armas.
Que vengan esos menguados,
que aunque en número sean muchos,
nada importa, no reparo;
que vengan, y probarán
el esfuerzo de mi brazo.
- Isabel.* Gabriel, Gabriel, no tal hagas,
duélate mi amargo llanto;
reflexiona que sois dos
para lidiar contra tantos,
y vuestra muerte es segura:
por Dios, Gabriel, entregaos.
- Rocaño.* Entregarnos? No señora;
ya que muramos, matando.
- Isabel.* Hazlo al menos por mi amor.
- Gabriel.* Y qué, he de ver sosegado
que nos lleven entre filas
cual criminales ó esclavos?
- Isabel.* Al menos, iremos juntos,
y podremos consolarnos
mutuamente nuestras penas
en tan lastimoso estado.
Mas si te bates, la muerte
encontrarás entre tantos,
siendo entonces tu Isabel
quien á ellos sirva de escarnio.
- Gabriel.* Has vencido: no resisto;
que vengan ya esos menguados,

é inmóvil me encontrarán
siempre, Isabel, á tu lado.
Pero señor...

Rocaño.
Gabriel.

No te muevas.
Solo nos toca entregarnos.

(Se ven aproximar soldados.)

Isabel.
Rocaño.

Cielos! No hay duda; nos buscan.

Si empezaré á sartenazos
con la turba soldadesca?
No sea usted tonto; cojamos
nuestras armas, y en defensa
moriremos peleando.

Gabriel.

No ves que dejamos sola
á mi Isabel, á mi encanto...

Rocaño.

Saldré yo solo, y verá
cómo voy dejando el campo
sin fantasmas que nos busquen;
y si no, muero matando.

Gabriel.

De ningun modo; no salgas,
pues me convenzo, Rocaño,
que entre tantos como son,
nos vieramos en el acto
sin mi Isabel, sin mi dueño,
y ella en manos de esos bárbaros.
Si así no fuera, con gloria
muriéramos derramando
nuestra sangre, antes que vernos
á las plantas de un tirano.
Pero mi Isabel, mi amor...

ESCENA IV.

DICHOS. UN SARGENTO.

Sargento. Favor al rey, mis soldados.
(A esta voz acuden gran número de soldados, que se colocan á la puerta.)

Gabriel. Militares, qué se ofrece?

Sargento. Prender á ustedes. *(Con descaro.)*

Rocaño. Villano;
prendernos? Cuál es la causa?

Sargento. Ya os la dirán mas despacio.

- Rocaño.* Y decid, cara de Judas,
nos prendereis?
- Sargento.* En el acto;
y si un momento resisten,
empiezo á bayonetazos.
- Rocaño.* Quién, infame, tocará
á estos señores, menguado?
(*Quiere desenvainar la espada.*)
- Gabriel.* Que no te vuelva á mandar
que te estés quieto, Rocaño.
- Sargento.* Á mi amenazarme tú?
Quieres ver cómo en el acto
si vuelves á hablar palabra...
- Rocaño.* (*Ap.*) Si no fuera por el amo...
- Sargento.* Te mando codo con codo...
- Gabriel.* Sargento, tranquilizaos:
jamás el valor se ostenta
con quienes son desgraciados;
si en nombre del rey venís,
presos en su nombre estamos.
- Isabel.* (*Al sargento.*)
Por piedad! Compadeceos.
- Sargento.* No me venga á mi con llantos,
que yo en llevándolos presos
hasta el mismo real palacio,
que es mi única consigna,
luego el rey puede hacer sayo
de su capa.
- Rocaño.* (*Ap.*) Y de tu cuerpo
hiciera yo un buen colgajo
si no fuera...
- Sargento.* (*A un soldado.*) Escucha, Frutos;
llama al capitán Vallano. (*Vase el soldado.*)
- Gabriel.* Vallano! Gran Dios! (*Ap.*)
- Sargento.* Y sepa
que al reo hemos encontrado.
- Gabriel.* Cómo que reo?
- Rocaño.* Hablad bien.
- Sargento.* Demasiado sé cómo hablo.

ESCENA V.

DICHOS. EL CAPITAN VALLANO.

Capitan. Qué es lo que ocurre, sargento?*Sargento.* Que hemos al fin encontrado,
despues de tantas revueltas,
à los reos que buscamos.*Gabriel.* Cielos! El es! (Ap.)
(*Gabriel estará vuelto de espaldas, de modo que el capi-
tan no pueda verle el rostro.*)*Capitan.* (Observándolos.) Nada falla
de las señas que me han dado.
Daos à prision, caballeros,
que este es del rey el mandato.
Vuestra espada... (A Gabriel.)*Gabriel.* Tomad pues,
y este puño respetadlo.*Capitan.* (Qué veo! Cielos! mi gefe.)
Despejad luego, soldados.*Sargento.* (Estaremos prevenidos;
que hay aquí gato encerrado.)(Se retiran los soldados y el sargento. El capitan cierra
la puerta.)

ESCENA VI.

GABRIEL. ISABEL. EL CAPITAN VALLANO. ROCAÑO.

Capitan. Permitidme, señor, que entre mis brazos...*Gabriel.* Dejadme, capitan: mi adversa suerte
solo penas, tormentos me depara,
sin poder alcanzar gloriosa muerte.
En medio de la lid horrible y fiera
blandir mi espada sin pavor me viste,
y hollando los arneses enemigos,
à mi lado los lauros recogiste.
Mi sangre derramé cien y cien veces
en defensa del suelo castellano,
y mi acero blándi con fiero encono,
el poder agrandando del tirano.
Con frente erguida y esperanza hermosa
el peligro arrostré, no encontré ballas;

rompí del enemigo las murallas ,
anhelando por fin muerte gloriosa.

Mas no á la suerte protegerme plugo ;
quiso que invicto en los combates fuera ,
y en premio á mi valor , despues rindiera
mi cabeza ante el hacha del verdugo :
este el premio será de mi arrogancia.
No es verdad , capitan ? Este es el fruto
de mi esfuerzo , mi arrojo y mi constancia ?

Mas ay ! que los tiranos siempre premian
con infame baldon , con negro luto.
Al cuello echadme la cadena odiosa
de inmunda esclavitud , y como un perro
me arrastraré con mancha ignominiosa
y lameré humillado el torpe hierro.

Capitan. Tranquilizad , señor : la razon vuelva
á calmar el delirio que os agita :
aun la suerte os protege en este instante.

Gabriel. La suerte has dicho ?

Capitan.

Si.

Gabriel.

Suerte maldita !

Jamas si es buena á comprender acierto,
ni nunca lo sabré : pero tú vienes
á ponerme el dogal ? Aqui me tienes.
Capitan. Conocedme , señor ; primero muerto.
En castellano pecho no hay perfidia ,
ni la infame traicion hallará entrada :
la noble gratitud es la que asienta
en nuestros corazones su morada.

Dos veces de la muerte me librásteis
vuestra vida esponiendo en la batalla :
con gloria y entusiasmo me sacásteis
burlando la intencion de la canalla.
Lo podré yo olvidar ? oh ! no es posible.
Vuestra vida , señor , está en mi mano ;
bendigo al cielo que el placer me ofrece
de salvaros del odio del tirano.

Bien sé que cumplir debo sin rechazo
las órdenes que á un rey darne le plugo ;
mas no puede jamas mi noble brazo
ser de mi protector su vil verdugo.

Gabriel. Y el mandato del rey podreis , Vallano ,

- rehusar un instante?
- Capitan.* Si, si puedo:
de vuestro pecho la honradez conozco,
y todo á vos sacrificarlo debo.
Por vos conservo yo mi pobre aliento:
por vos mi nombre resonó en Castilla;
y antes he de exhalar mi último acento
bajo el golpe fatal de una cuchilla,
que á vos osen tocar con mano airada
mientras que pueda yo daros mi amparo:
la gratitud aqui tengo grabada;
(*Señalando al pecho.*)
el conservarla ilesa es lo mas caro.
- Gabriel.* Cuando la infamia, la traicion y el dolo
quier nos cercan con audacia tanta,
vos solo, capitan, vos sois tan solo
quien la amarga afliccion del pecho espanta.
- Capitan.* Sosegaos y huid; por este lado
la senda encontrareis cierta y segura;
burlad la vigilancia del soldado
del inmediato bosque en la espesura.
- Gabriel.* Mirad que os espondeis.
- Capitan.* Nada me importa.
vuestra vida salvar es lo que anhelo;
y si acaso la fuga conocieran,
á combatir por vos vereis que vuelo.
- Gabriel.* Mil gracias, capitan: no por mi vida
acepto vuestra oferta generosa:
por este angel no mas que el Dios eterno
destinarme ha querido para esposa.
- Isabel.* Eterna gratitud siempre en mi pecho
hácia vos guardaré. Si suerte impia
nuestro futuro bien hubo deshecho,
el cielo un salvador hoy nos envia.
- Capitan.* No hay tiempo que perder; marchad ligeros,
que está en grande peligro vuestra vida.
- Gabriel.* Quedad, quedad con Dios. (*Abrazándole.*)
- Capitan.* El cielo os salve.
- Rocaño.* Llevaremos la espada prevenida.
(*Se van por la puerta lateral.*)

ESCENA VII.

EL CAPITAN VALLANO.

Capitan. Se salvaron al fin ; benigno el cielo
les libró del poder de los tiranos.

Sarg. *(Desde fuera.)*

A las armas, soldados, que nos venden :
traidor el capitan !

(A este tiempo se abre la puerta del fondo, á la que aparece el sargento con muchos soldados, mientras por la puerta lateral entran defendiéndose con sus espadas Rocaño y Gabriel de otros soldados, trayendo este en un brazo á Isabel. El capitan desenvaina su acero y se dirige á los del fondo, diciendo con voz fuerte:)

Capitan. Atrás, villanos.

FIN DEL ACTO CUARTO.



Acto quinto.



Salon regio. A la derecha del espectador, y sentado en un elegante sillón, aparece el rey: á su lado y en pie el conde de Flor. Puerta al fondo, otra lateral derecha y otra izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. EL CONDE DE FLOR.

- Conde.* Vuestra magestad se siente
mas fuerte y restablecido?
- Rey.* Estoy bien; mas... oprimido
está mi pecho y doliente.
- Conde.* Eso en verdad no es extraño
cuando vais á castigar
al vil que llegó á causar
vuestra herida con gran daño.
Porque el noble corazón
que se haya visto ofendido,
desde entonces no ha sentido
de paz la satisfaccion;
hasta que al fin la venganza
le proporciona el consuelo:
ese es á fé vuestro anhelo,
y sentireis la tardanza.
Pero os prometo, señor,
vuestra inquietud aplacar,
que muy pronto va á rodar

la cabeza del traidor.
Se le puso ya en capilla
y el confesor le enviásteis?

Rey.

Conde.

Asi fue ; mas olvidásteis
que él á ninguno se humilla ;
y aunque el padre Anselmo está
auxiliandole á su lado,
su santa voz no ha escuchado ,
y le causa terror ya
el estar con un herege
que antè su faz le desprecia :
con que ved , señor , si aprecia
la religion que protege
á todo fiel y cristiano ;
y crea su magestad
que es obra de caridad
muera luego ese villano.

Rey.

Empeño en verdad teneis
de que en el supicio espire ,
y aunque esto , conde , os admire ,
vos la vida le debeis.

Yo siento tanto su muerte...
un valiente general...

Conde de Campo Marcial
y sufrir tan triste suerte !
Cuando sus sienes laureadas
han sido por su valor ,
he de mirar sin dolor
de un leve soplo nubladas
tantas glorias y grandezas
con borron tan afrentoso ?

Eso á mi pecho es penoso ;
él no cometió vilezas.

Si altivo os desafío
cuando era simple pechero ,
procedió cual caballero
cuando á sus plantas os vió.

Si él osado acometiera
á mi comitiva real ,
fue por ser hombre leal ,
y que su espada ofreciera
con orgullo y con placer

á quien socorro imploraba,
 porque el honor le obligaba
 defender á una muger.

Y si á su monarca hirió,
 ignoraba que tal era;
 y al fin, mi vida tuviera
 en su mano, y la salvó.

Yo no le profeso encono,
 y á mis armas dió victoria
 coronándolas de gloria:
 yo... conde... ya le perdono.

Id, y luego en libertad
 disponed que se le ponga.

Conde.

Tal sentimiento deponga,
 señor, vuestra magestad.
 Si cuando toda la corte
 sabe ya su atrevimiento,
 observa en este momento
 aplaudir su infame porte,
 qué dirá el pueblo de vos?

Qué las naciones vecinas?

Dirán que muy pronto en ruinas
 trocará este imperio Dios.

Porque si impune se queda
 el que altivo holló la ley,

y alzó el brazo hasta su rey,
 estrañareis que suceda

en cualquier hora ó momento
 una fuerte rebelion?

Os tendrán, rey, sumision
 si no haceis un escarmiento?

Qué será vuestra corona,
 vuestros timbres y blasones?

Qué la voz de las naciones,
 que vuestra fama pregona?

Esa voz repetirá
 que vuestra fama y valor
 se ha trocado en deshonor,
 y débil os llamará.

En fin, ese hombre orgulloso,
 ese os quiere destronar:
 yo sé que ha querido alzar

conspiracion, y alevoso
 contra vos, compró al soldado,
 le aduló, le dió dinero,
 y ofreció á inmundo pechero
 verle de polvo encumbrado.

Rey.

Es cierto? á tanto se atreve
 ese hombre altanero, oscuro?

Conde.

Al verse hoy noble, es seguro
 que es mas vil y mas aleve.

Le ofusca el brillo sin duda
 de su reciente condado,
 y con ser fuerte soldado
 cree que el valor le escuda.

Y abusando del aprecio
 que entre las filas tenia,
 en este instante confia
 se alzarán por él.

Rey.

Qué necio!

Decidme, y á tanto alcanza
 su vergonzosa insolencia?

Conde.

Aun dice con impudencia
 que alcanzará su venganza.

Rey.

Menguado! Que muera, si:
 con que... atrevido y traidor?

Conde.

Le espera la ley, señor:
 tened confianza en mí.

Porque mi amor hácia vos
 es tan fuerte y estremado,
 que si os ofenden, vengado
 será su crimen en pos.

Y nunca respetaré
 ni clases ni gerarquía;
 al que ostente su osadía
 contra vos, castigaré.

Rey.

Gracias, conde; lo sé ya
 cuánto aprecio...

Conde.

Oh! me confunde...

Rey.

(Tanta adulacion me infunde...)

Conde.

(Su vida en mi mano está.)

Y aparecereis mas grande
 de todo el mundo á la faz
 castigando así, eficaz...

- Rey.* (Tal vez Dios me lo demande.)
Conde. Ese crimen tan terrible ,
 que aterra solo al pensallo
 á todo el que es fiel vasallo ,
 porque el ultraje es horrible.
- Rey.* (*Con prontitud y energia.*)
 Basta , conde : haced que venga
 ante mi presencia el reo.
- Conde.* Como superfluo lo creo
 que su muerte se detenga.
- Rey.* Antes que muera es mi intento
 ver al menos un soldado
 que fue valiente...
- Conde.* Y osado :
 sin guardar un miramiento
 al que le hizo caballero.
 Dejad , señor , tal idea ,
 y que el castigo se vea...
- Rey.* Que venga al instante quiero.
 Sin réplica obedeced
 en el acto mi mandato.
- Conde.* (*Con afectada humillacion.*)
 Vuestras órdenes acato.
 (Yo le tenderé la red.)
 (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

EL REY.

Este interes incesante
 en que el fuerte general
 aparezca criminal...
 ese deseo anhelante
 de su muerte... y su semblante
 tambien creo se turbó
 cuando á conoçer llegó
 mi invariable afan por verle :
 ah ! conde ! Quieres perderle ,
 y quien le pierde soy yo.
 Bien conozco adónde alcanza
 tu empeño , aunque lo reservas ;

bien conozco que conservas
en tu pecho la esperanza
de dar cima á tu venganza :
oh rabia ! esa voz marchita
mi frente , y tambien agita
una idea bien cruel :
en qué hora te vi , Isabel ,
tan desgraciada y maldita.
Yo sus faltas le perdono.
Qué digo ? su accion pondero :
él es noble , caballero ,
digno de ocupar un trono :
su fama yo la pregono ;
pero es de amor mi rival ,
y no conozco yo igual
si se compara conmigo :
por eso soy tu enemigo ,
y ese es tu crimen fatal.
Yo bien quisiera librarle
de la muerte que le espera :
le salvara si supiera
que Isabel deja de amarle ;
y que despues de humillarle
mi amor ufana admitia :
entonces yo me veria
de mi desaire vengado ;
pero si no soy amado
hoy será su último dia.
Si le quieres , Isabel ,
con un cariño tan fuerte ,
vendrás á evitar su muerte
y á trocarne á mi por él :
dejarás de ser cruel
conmigo por un instante :
me aceptarás por amante
aunque lo repugnes , sí ,
que luego verás en mi
un amor puro y constante.

ESCENA III.

EL REY. GABRIEL. UN OFICIAL. SOLDADOS.

- Oficial.* Cumpliendo, mi señor, vuestro mandato aquí conduzco al reo militar.
- Rey.* Esperad en la cámara vecina, dejadnos solos, y luego retirad.
(*Se retira el oficial con los soldados.*)

ESCENA IV.

EL REY. GABRIEL : *este viene de uniforme con cruces y medallas de distincion.*

- Rey.* Acercaos á mí, no temais, conde, que acaso vuestra vida libre está: vos debéis elegir en el momento, ó morir luego, ó ser mi general.
- Gabriel.* Nunca, señor, la muerte me ha aterrado, ni á mi pecho ha logrado intimidar la triste perspectiva que ella ofrece y que teme un esclavo, yo, jamas. Si aquesa gracia que decís elija mi frente cubre con algun lunar; si mi honor, que es tan puro como el sol, en algo le oscurece esa piedad, desde ahora os digo que podeis guardarla allá para un esclavo ó criminal.
- Rey.* Muy estraño en verdad es tu lenguaje y el necio orgullo que mostrando estás, siendo así que del polvo te has alzado de oscuro trovador á general. Nunca olvides tu cuna, que es villana, que has vivido sin nombre y sin solar, que nunca has sido noble, ni has sabido cuánto vale el honor, ni eso que está adornando tu pecho ruin y bajo, hasta que lo has debido á mi bondad. Oh! no te encumbres, general, tan alto, porque ese orgullo te será fatal.
- Gabriel.* Yo ignoro si el ser rey os da derecho

para hollar mi existencia, que quizá debierais preservar de todo ultraje si fuerais justiciero é imparcial.

Rey. Yo no sé cómo escucho tu insolencia ni puedes abrigar tanta maldad; así insultas al rey que admira el mundo, y al que del cielo te ha llegado á alzar?

Gabriel. Yo nunca entiendo adulacion villana y espreso lo que siento; así escuchad: cuando fuera yo un hombre oscurecido, sin títulos, sin nombre y sin hogar, tenia un corazon sin mancha alguna, y noble por lo tanto fuera ya: que la pura nobleza está en el alma, y á veces hasta un rey puede faltar, porque nombres y títulos brillantes de nobleza nos dan... la vanidad. Si ahora insignias de honor mi pecho adornan, su brillo nunca me llegó á cegar; y ni ostento el valor que ellas encierran, ni las debo del rey á la bondad; que mi pecho y mi brazo las ganaron, y no son vuestras, rey, son mías ya: que quien cobra el valor de su trabajo no recibe sino su propiedad. Así, estas placas que mi pecho cubren á vos tambien os toca respetar.

Rey. Ya sabéis cuáles son mis sentimientos, y el noble orgullo que el valor me da. Yo no sé qué ambicion tu pecho ciega que hasta el sol refulgente has de insultar: mas ya ves con qué calma te he sufrido.

Gabriel. Pero eso no es virtud ni caridad.

Rey. Pues bien, escucha: si librarte quieres del suplicio afrentoso que ya está cubriendo con su sombra tu semblante, hora mismo á Isabel has de olvidar.

Gabriel. Pensais acaso que la muerte fiera ni pesar ni terror á mí me da? Juzgais, tirano, que mi frente altiva viviera deshonorada y sin gozar del sol hermoso que á la España alumbrá,

de aquel lucero puro y celestial?
 Al verdugo decid disponga el hacha
 que en mi sangre de fuego ha de impregnar,
 que venga luego, si á mi dueño pierdo,
 que mi vida sin ella es un puñal
 que una muerte muy lenta me causara,
 y aquesta es pronta para mas gozar.

Rey. Pues bien, ingrato; mi favor desprecias?
 ahora mismo al suplicio marcharás.

(Entran los guardias.)

Hola, mis guardias, á la carcel luego
 á ese reo de muerte acompañad.

De la suya responde tu cabeza. *(Al oficial.)*

Oficial. Podeis en mi palabra confiar.

Rey. Confio en que muy antes de una hora
 ó la tuya ó la suya rodará.

Gabriel. Una gracia, señor, de vos exijo,
 si escucharme quereis.

Rey. Pues bien, hablad.

Gabriel. Cuando traté de huir de vuestra tropa
 seduje al inocente capitán
 que en el bosque la fuerza comandara.

Rey. Me vais una traición á revelar?

Gabriel. No por tal la tengáis: es un valiente...

Rey. Al suplicio también te seguirá.

Gabriel. Mi súplica acoged, que es la postrera:
 penonadle, señor, y descargad
 mil tormentos en mí, si con mi muerte
 vuestro rencor no puedo mitigar:
 pero á él y mi criado perdonadlos:
 lo concedéis, señor?

Rey. Libres estan.

Gabriel. Por fin muero contento si así puedo
 dos inocentes víctimas salvar:
 cuando queráis marchemos, que tranquilo
 caminar á la muerte me verán.

(Se lo llevan por el fondo.)

ESCENA V.

EL REY.

Esto es mucho sufrir: si le perdono

es mostrarle que el rey es vil esclavo de su altiva arrogancia, y que su encono tal vez me intimidó por ser tan bravo. Me ha insultado á mi faz, y sin respeto me ha escupido en la cara el atrevido: con tu muerte se cumple mi decreto, y que eres mi rival yo no lo olvido.

ESCENA VI.

EL CONDE DE FLOR. EL PADRE ANSELMO.

- Anselmo.* Os cansais: se os esconde que un ministro del altar no puede tal pronunciar á Dios ofendiendo, conde?
- Conde.* La recompensa será como vos la mereceis.
- Anselmo.* Conde, no mas me insulteis, ó el rey el crimen sabrá.
- Conde.* Si á desmentirme llegais ante el rey, padre, yo os juro que os he de poner seguro.
- Anselmo.* Luego contra mí atentais? Hacedlo, siempre os espero con imperturbable calma, porque está serena mi alma: no así la vuestra.
- Conde.* Altanero, padre, conmigo os mostrais. Mas... contad con mi influencia.
- Anselmo.* Solo miro á mi conciencia.
- Conde.* Mi posición olvidais?
- Anselmo.* Mirad vos no haya algun lazo en tan encumbrado puesto, y tropezando, es espuesto pegar muy fuerte porrazo.
- Conde.* Parece hablais sin rebozo, y no recordais muy bien que hay en los claustros tambien cadalsos y calabozo.
- Anselmo.* No me estraña, pues la ley

- impone castigo al malo ;
y ha colgado ya de un palo
á un favorito, su rey.
- Conde.* Padre, dejemos rodeos :
ó peligra vuestra vida,
ó me ayudais en seguida
á dar fin á mis deseos :
y es preciso que apoyeis
que contra el rey conspiró,
y en sus proyectos creyó...
- Anselmo.* Callad, conde; me ofendeis.
Yo que debo de ampararle,
calumniaré á un inocente?
- Conde.* Pues... con cuidado el que intente
aproximarse á auxiliárle.
Tambien por mi está informado
de que os ultrajó : lo oís?
- Anselmo.* Como un villano mentis.
- Conde.* Tened cuenta...
- Anselmo.* Desdichado!
Echásteis ya en el olvido
un pliego...
- Conde.* (Ap.) Su voz me aterra.
- Anselmo.* Que noticias de la guerra
para su rey ha traído?
Sin verlas, el pueblo clama
porque vaya un general,
que me parece se llama
conde de Campo Marcial.
Y dicen mas, si...
- Conde.* (Con despecho.) Qué dicen?
- Anselmo.* Que al rey lo habeis ocultado,
hasta haber sacrificado
al general, y os maldicen.
Y añaden que su arrogancia
y su arrojo militar
será quien pueda afrontar
á Portugal con la Francia.
Y que es el conde de Flor
hombre orgulloso y altivo,
en extremo vengativo,
y muy cobarde y traidor.

Conde.

Ya me canso de sufrir :
y si le volveis á ver ,
os pudiera suceder
no le tardeis en seguir.

Anselmo.

Infame , tranquilo estoy :
y aunque auxiliarle priveis ,
detenedme si podeis ,
que á su calabozo voy.
Cumpliré con mi mision ,
y si os moveis , os lo juro ,
que publico de seguro
vuestra execrable traicion. (*Se va.*)

ESCENA VII.

EL CONDE DE FLOR.

He andado muy imprudente :
fui demasiado de franco
con este padre , y es facil
que pueda ser en mi daño.
El lo del pliego no ignora ,
y aun el pueblo lo ha notado.
Si lo descubre...? no espero
que se atreva á revelarlo.
Mas no dormirme conviene ,
que á toda costa pensando
está el padre en libertarle.
Volveré del rey al lado ,
y de este modo el suplicio
conseguiré acelerarlo.
Y cuando ya su cabeza
haya en el suelo rodado ,
y pueda ostentar mi nombre
sin el borron de un villano ,
sabrà el rey cómo se encuentra
de España el guerrero campo ,
que asuntos de la nacion
bien se puede postergarlos
si á la ambicion de algun noble
ó á un ministro del Estado
para sus miras conviene.

Siempre el pueblo es el pagano;
 él está para sufrir,
 nosotros para humillarlo.
 Oh! placeres no hallaré
 hasta no verme vengado.

ESCENA VIII.

Decoracion de carcel: en primer término y á la izquierda del espectador una puerta lateral: otra puerta lateral derecha.

EL PADRE ANSELMO. GABRIEL.

Anselmo. Bien, hijo: si la conciencia
 tranquila os dice que está,
 el Señor recibirá
 vuestra alma con gran clemencia.
 Nada os importe morir

y dejar este vil suelo,
 cuando las puertas del cielo
 benigno Dios os va á abrir.

Gabriel. No temo la muerte, no,
 porque está serena el alma,
 y solo pierde su calma
 al recordar la privó
 un tirano de su gloria,
 de mi Isabel, de mi encanto,
 y verterá amargo llanto
 la infeliz á mi memoria.

Si este pesar no abrumára
 mi esforzado corazon,
 viéraisme con decision
 cómo al suplicio marchára.

Ay triste! Por tí lo siento:
 mas no llores, no, por mí,
 que ya me verás allí
 junto al Dios del firmamento.

Anselmo. Junto á su trono de flores
 pronto gozoso os vereis,
 y no, como aquí, tendreis
 á vuestro lado traidores.

Gabriel.

Que desapareció mi encono
 el corazón os responde,
 y aunque es muy traidor el conde,
 yo, padre, ya le perdono.
 Mas... olvidaba, señor,
 confiaros un secreto
 que en mi corazón respeto,
 aunque ignoro su valor.
 Cuando mi madre espirante
 vió se acercaba su muerte,
 me dijo así: «Ya á perderte,
 hijo, voy en este instante.
 Pero antes que tal suceda
 toma esta caja cerrada;
 no la abras, tenla guardada,
 porque un secreto te veda
 que no puedas propasarte
 á llegarlo á averiguar:
 mas la debes enviar,
 si no puedes presentarte
 tú en persona, á nuestro rey,
 si algun peligro inminente
 llega á amenazar tu frente:
 y oye esto cual sacra ley.»

(Saca una cajita.)

Aquí está: yo bien quisiera
 que no la viese el tirano:
 mas si acaso hay un arcano
 que á mi patria conviniera...?
 De entregarla cuidareis.
 En vuestra exactitud fio.

Anselmo.

Qué pensamiento, Dios mío!
 Satisfecho quedareis.

No os acusa la conciencia
 de algun criminal intento?

Gabriel.

Limpio y puro el pensamiento
 voló á par con mi inocencia.
 Siempre respeté la ley
 que á lo justo me guiaba,
 y en ello placer hallaba.

Una voz.

(Desde fuera.)
 Dejadme, lo manda el rey.

Gabriel. No la oísteis, padre mio?
Es su voz, su dulce acento,
y en mi pecho un placer siento.
Perdonadme este desvío,
porque es mi amor, mi ilusion...

ESCENA IX.

LOS MISMOS. ISABEL.

Isabel. Gabriel, Gabriel; dónde estás?

Gabriel. Mi bien! Y tú, dónde vas?

Isabel. A ofrecerte el corazón.

Gabriel. (Al padre.)

Dispensadme un solo instante
si á mi amor hora me entrego,
para dedicarme luego
á Dios, por siempre constante.
Permitid solos quedemos
un instante nada mas.

Anselmo. Ved son preciosos quizás
los instantes que perdemos.

La caja voy á enviar: (Ap.)

la traicion publicaré,

y acaso conseguiré

á un inocente salvar.

Sed breve.

Gabriel. Yo os lo prometo.

(Se retira el padre.)

ESCENA X.

GABRIEL. ISABEL.

Gabriel. Calma ese llanto, Isabel,
que es para mi mas cruel
que la ley á que someto
mi pecho puro, inocente,
porque tu lloro es tormento
que en mi corazón mas siento
que ese suplicio imponente.

Isabel. He estado al rey implorando

porque te salve la vida ;
y sabes que dió acogida
á mi súplica ? y burlando
el amor que nos abrasa ,
qué precio juzgas que exige ?

Exigió , porque ya dije
que tu amor no tiene tasa...

Me propuso que á él amara
y á Gabriel aborreciera.

Gabriel.

Y escuchaste placentera
esa voz que me aterrara ?

Isabel.

Puedes dudar de mi amor ?

Gabriel.

Nunca.

Isabel.

Pues conoce ya
qué contestacion será
la que yo diera al traidor.

Gabriel.

Luego negaste su oferta ?

Isabel.

Ni por lisonjas ó miedo
jamás olvidarte puedo.

Primero mil veces muerta.

Si tú mueres , moriré ;
y en la desgracia sumida ,
sabré atentar á mi vida.

Gabriel.

Jamás lo consentiré.

Quieres marchitar tu frente,
como los ángeles pura ,
y que Dios desde su altura
te maldiga eternamente ?

Isabel.

Tienes razon , dueño mio ;
que el dolor que me atormenta
pasará cual la tormenta
producida en el estio ;
si tranquilos comparamos
el soplo de nuestra vida
con la otra indefinida :
es verdad ; nos obcecamos.

Gabriel.

Bien , Isabel , tu candor
te lo imprime la inocencia :
aquí no esperes clemencia
de este mundo destructor ;
porque su brillo es siniestro
y mata al que lo respira.

Mas... ahora me ocurre, mira.
(Se aproxima á la puerta por donde salió el padre Anselmo.)

Acercaos, padre nuestro.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. EL PADRE ANSELMO.

Anselmo. Aquí estoy : podeis hablar.
Gabriel. Bien sabéis que en este mundo el ruego de un moribundo no se le debe negar. Su peticion es sagrada si por sensacion profunda...
Anselmo. Si en la justicia se funda.
Gabriel. Sin ella no quiero nada. Es tan justo nuestro amor cual del cielo una sentencia, y pura, cual la inocencia de un serafin del Señor. Mas... dos hombres con enojo lo miran con rabia y saña, y estos dominan la España sin otra ley que su antojo. Y si ellos hacen pedazos nuestro cándido existir, ya no podrán impedir que vos ligueis nuestros lazos, y al menos por una vez...
Anselmo. Olvidais ya la oracion?
Gabriel. Vuestra santa bendicion dadnos, padre, y ante el Juez que á todos ha de salvar por siempre los estrechemos, y en este instante juremos este voto no borrar.
Anselmo. Todo recuerdo mundano alejad del corazon. *(Se oye ruido.)*
Isabel. Cielos! tus verdugos son, y el que los guia es mi hermano.

ESCENA XII.

LOS MISMOS. EL CONDE DE FLOR. *Algunos OFICIALES y SOLDADOS. Despues EL VERDUGO.*

Conde. Qué miro? Isabel aqui!
Qué es lo que haceis vos, señora?

Isabel. Esta muger aqui llora
por vuestros crímenes, sí.

Conde. Mirad el justo castigo
de vuestra indolencia altiva;
yo he deseado que viva...

Anselmo. Qué infamia!

Isabel. Yo te maldigo.

Conde. Muger, deten esa lengua
y agradece mis servicios:
he hecho por él sacrificios.

Gabriel. Vergonzosa es tanta mengua.
Si de condicion cobarde
bajezas solo intentais,
os suplico no vengais
à hacer de favor alarde.
Conozco que un cortesano
no se venga noblemente;
pues cobarde, solamente
de la traicion echa mano.
Bien por Dios: esta accion sola
tanto honor os ha de dar,
que el héroe os han de llamar
de la nacion española.

Conde. Llevadle, y que su cabeza
ruede luego.

Gabriel. Rodará,
y otro borron echará
su sangre en vuestra nobleza.
Ea, soldados, marchemos.

Isabel. A Dios, Isabel, à Dios.
No irás solo, que los dos
à un mismo golpe caeremos.

Conde. Separadlos. *(A los soldados.)*

Isabel. Eso no,
que no vivirá Isabel

- si asesinas á Gabriel.
Anselmo. (Nada mi empeño valió.
 Tal vez no se la hayan dado,
 ni mi papel haya visto.) (*Ap.*)
Conde. Llévadle luego. Por Cristo
 que el padre no es de mi agrado.
Anselmo. El retardarlo conviene. (*Ap.*)
Isabel. Bárbaros! (*Los soldados los separan.*)
Gabriel. Dadla valor
 y mitigad su dolor,
 santo cielo.
Conde. (*Al padre.*) Qué os detiene?
 Luego partid.
Gabriel. Sin tardanza.
Anselmo. Venid, venid, hijo mio:
 pensad en Dios sin desvío.
Conde. Por fin, sacié mi venganza.
 (*Salen del calabozo, quedando en él algunos soldados
 que impiden que Isabel salga: al instante se oye el
 sonido lúgubre de tambores.*)

ESCENA XIII.

ISABEL. SOLDADOS.

- Isabel.* Dejadme, fieras, dejadme
 que muera junto á él, sayones,
 destrozad dos corazones:
 (*Se esfuerza por salir.*)
 venid, venid, y matadme.
 Oh Dios! Qué es esto? ay de mí!
 Si parece... que mi frente
 la abrasan con fuego ardiente.
 (*Cae en los brazos de los soldados.*)
Sold. 1.º Venid y sentadla aquí.
 (*La sientan en un banco.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. EL REY.

- Rey.* Gran Dios! haced que retrasen
 la ejecucion. Qué tormento!

Yo fratricida! y aliento!
 Si por fortuna llegasen...
 Qué es esto? Isabel! oh cielo! (*Viéndola.*)
 Está su frente marchita...
 mas... su corazon palpita.
 Gran Dios! completad mi anhelo.

(*Se oyen muy confusas voces á lo lejos: el rey se aproxima á la puerta de la derecha.*)

Voces se escuchan á fuera
 sin que desde aqui perciba...

Voces. Que viva el general.

Idem. Viva.

Idem. Muera el favorito!

Idem. Muera.

Rey. Oh dicha! Vive Gabriel.

Mi hermano, puro, inocente.

Gracias os doy, Dios clemente.

Isabel. En dónde estoy? (*Volviendo en si.*)

Rey. Isabel.

Isabel. Verdugo! venis aqui
 á repetirme su muerte?

Rey. No, Isabel, que otra es su suerte.

Isabel. Y aun me atormentais asi?

Ni aun compasion os inspira
 mi infausta suerte? Gran Dios!

Rey. Para dicha de los dos,
 vive Gabriel, si, respira.

Isabel. Pero... decidme, y es cierto?

Mas ay! conoceis mi amor
 y os gozais en mi dolor.

Rey. No, mi Isabel, que no ha muerto.

Y vuestra negra amargura
 ahora mismo va á cesar,
 y en este instante á empezar
 un porvenir de ventura.

ESCENA XV.

LOS MISMOS. EL OFICIAL DEL PERDON. *Despues* GABRIEL. EL PADRE ANSELMO. EL CONDE DE FLOR. OFICIALES. SOLDADOS. GENTE DEL PUEBLO.

Oficial. Se ha salvado el general
y aqui el pueblo le conduce,
y en todo pecho produce
entusiasmo sin igual.

(Entra Gabriel y todos los nombrados al encabezamiento de esta escena, y al ver Isabel á Gabriel se precipita en sus brazos.)

Isabel. Cielos! le veo por fin.
Gabriel, Gabriel.

Gabriel. Alma mia.
Dios dispuesto lo tenia
desde el celeste confin.

Rey. Venid, venid, y en mis brazos
mi ofensa perdonareis,
y en mí desde hoy hallareis
quien proteja vuestros lazos.

(Se interpone entre los dos, y tomando á cada uno de la mano dice:)

Es mi hermano. Conocedle:
es el primer caballero
de la corte, y heredero
de mi corona: ofrecedle
vuestra firme proteccion,
y en esta muger hermosa
reconoced á su esposa
y rendidla adoracion.

Oficial. Viva el rey y el general.

Pueblo. Viva.

Oficial. Viva la condesa.

Pueblo. Viva.

(El padre Anselmo se aproxima al conde de Flor, y señalando al rey y á Gabriel le dice por lo bajo:)

Anselmo. Mirad, mi obra es esa.

Rey. Prended ahora al criminal.

(Señalando al conde.)

(Varios soldados rodean al conde para prenderle, y Gabriel se interpone entre ellos.)

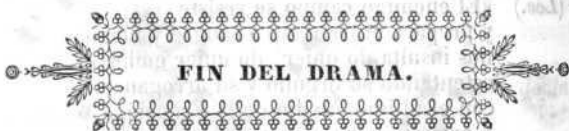
- Gabriel.* Perdonad su vil accion, (*Al rey.*)
y despreciad á un malvado.
- Conde.* Y no he quedado vengado! (*Ap.*)
- Anselmo.* Os descubri. (*Al conde.*)
- Conde.* Maldicion! (*Ap.*)
- Rey.* Pues tu bondad le socorre,
le perdono; eso le valga:
pero que ahora mismo salga
á morar en una torre.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. UN CORTESANO, con un pliego.

- Cort.* Con urgencia, señor, llegó este pliego,
trayendo el portador noticia triste
de la guerra cruel.
- Rey.* Veamos luego.
- (*Lée.*) «El enemigo campo se resiste
y prepara el combate á sangre y fuego;
nos insulta do quier, do quier embiste
ostentando su orgullo y su arrogancia
con el último auxilio de la Francia.»
Y avanza el enemigo presuroso
reduciendo mis pueblos á la nada:
de España qué va á ser, Dios poderoso?
- Gabriel.* La España mirareis pronto encumbrada;
y ese enemigo altivo y orgulloso
se estrellará en mi brazo y en mi espada;
y en el combate aterrador, sangriento,
hallará de su audacia el escarmiento.
La bandera española no se humilla
ante humano poder robusto y fuerte;
que al pronunciar el nombre de Castilla
si lo oye el enemigo oye su suerte;
en vuestro rostro el entusiasmo brilla,
soldados, no es verdad?
- Sold.* Victoria ó muerte.
- Gabriel.* Con esa decision nuestra es la gloria,
y de la invicta España la victoria.
- Rey.* La protectora suerte está en mi abono
calmando mi dolor y mi amargura,

que en el bárbaro impulso de mi encono
 un hermano encontré para ventura ;
 en él un defensor tendrá mi trono ,
 pues su noble valor me lo asegura :
 y con su patrio esfuerzo y su constancia
 ni temo á Portugal ni temo á Francia.



PROPIEDAD.

El *Círculo Literario Comercial* ha adquirido la propiedad de esta obra por escritura pública de 21 de Enero de 1850, y como su esclusivo propietario perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó sociedad formada por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á las reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847.

Se considerarán como reimpresos furtivamente los ejemplares que no llevasen la contraseña reservada del *Círculo Literario Comercial*.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

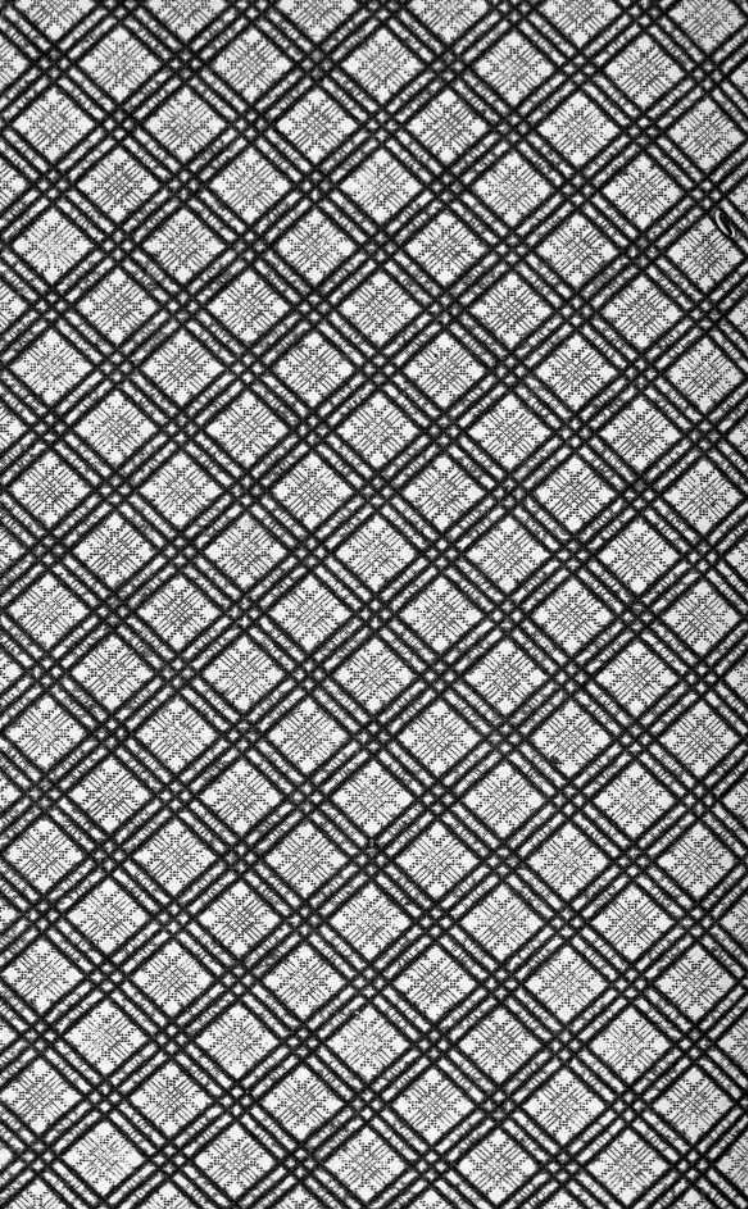
«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el texto sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

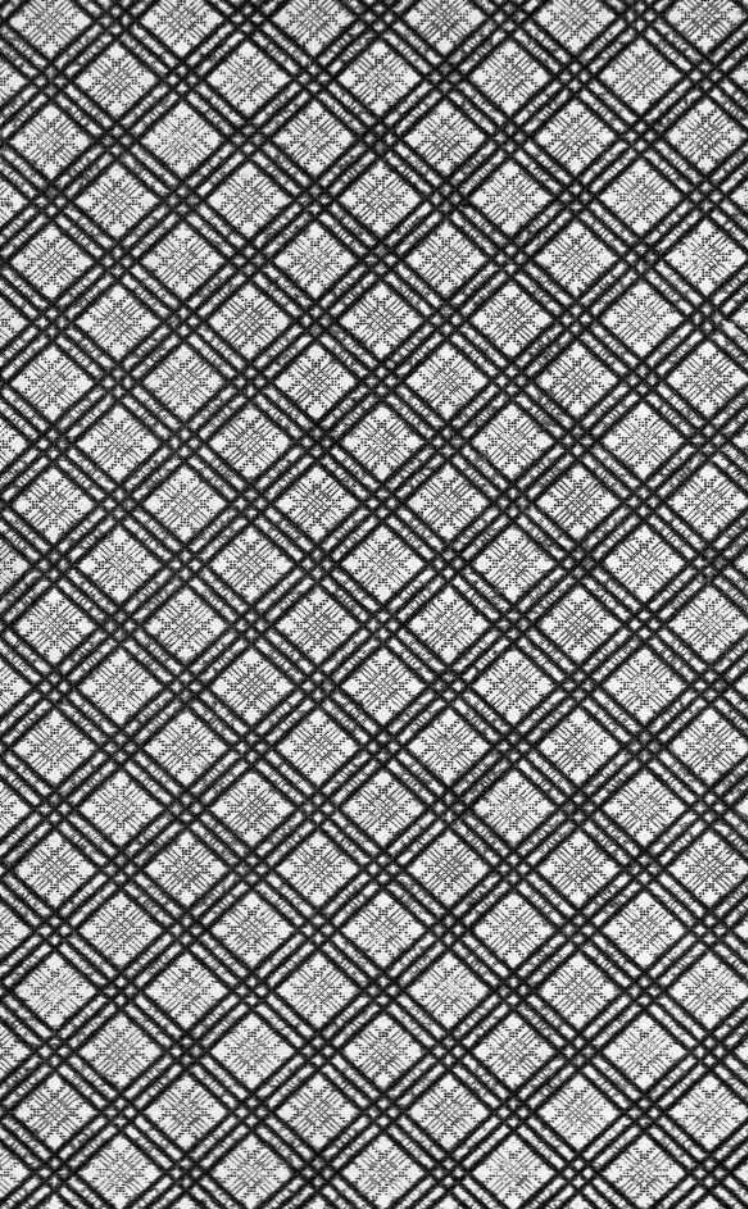
«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.^a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2.^a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el día del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*









CALVO ASENSIO

OBRAS
DRAMATICAS





G 31746

